

NOCHES TRISTES
Y DÍA ALEGRE



JOSÉ JOAQUÍN

FERNÁNDEZ
DE LIZARDI



NOVELAS en **TRANSITO**

Esta colección ofrece un recorrido indispensable por la novela corta en México. Las primeras historias ven nacer el México independiente; las últimas, el país que surgió de la Revolución armada de 1910 y sus consecuencias culturales. No importa que las novelas vayan ligeras de equipaje, seguramente el viaje será largo.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

NOCHES TRISTES
Y DÍA ALEGRE

JOSÉ JOAQUÍN

FERNÁNDEZ DE LIZARDI

Mariana Ozuna Castañeda
Presentación

María Rosa Palazón Mayoral
Edición y notas

Novelas en Tránsito
Segunda Serie



CULTURA  **FONCA**
SECRETARÍA DE CULTURA

La novela corta. Una biblioteca virtual

www.lanovelacorta.com

NOVELAS EN TRÁNSITO

Segunda Serie

Gustavo Jiménez Aguirre, *director*

CONSEJO EDITORIAL

Gabriel Manuel Enríquez Hernández, Verónica
Hernández Landa Valencia, Gustavo Jiménez Aguirre,
Eliff Lara Astorga y Luz América Viveros

ASISTENCIA EDITORIAL

Braulio Aguilar Velázquez y Karla Ximena Salinas Gallegos

José Joaquín Fernández de Lizardi, *Noches tristes y día alegre*

Primera edición digital: 28 de noviembre de 2018

D.R. © 2018 Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Circuito Mario de la Cueva, s. n.

Ciudad Universitaria, C. P. 045 10, Ciudad de México.

Esta publicación se realizó con apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del Programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales 2017.

Diseño de la colección: Andrea Jiménez

Ilustración de portada: Gonzalo Fontano

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)

ISBN: EN TRÁMITE

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.

Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. La apuesta por el sujeto sensible	
<i>Mariana Ozuna Castañeda</i>	5
<i>Noches tristes y día alegre</i>	
Argumento o idea de las <i>Noches tristes</i>	19
Noche primera. La prisión	23
Noche segunda. La pérdida en el bosque	39
Noche tercera. El desvelo triste	63
Noche cuarta. El cementerio	79
Día alegre y dignamente aprovechado	105
Noticia del texto	143
José Joaquín Fernández de Lizardi. Trazo biográfico	145
Notas	149

PRESENTACIÓN

La apuesta por el sujeto sensible

Mariana Ozuna Castañeda

En 1818 José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827) publicó dos novelas: *Noches tristes* y *La Quijotita y su prima. Historia muy cierta con apariencias de novela*, primer y segundo semestre del año, respectivamente. Al igual que *El Periquillo*, *La Quijotita* apareció por entregas semanales y pretendía ser una larga narración como era la usanza, con una heroína recorriendo y aprendiendo del mundo que se despliega a manera de mural social por escenas. *La Quijotita* no tuvo el éxito empresarial esperado por Lizardi.

Noches tristes se anunció aparecería en forma de “un cuadernito en octavo, adornado con cuatro estampas alusivas a la aventura de cada noche”; al igual que *El Periquillo*, la narración se acompaña de estampas, rasgo moderno del Lizardi publicista, pero, a diferencia de sus dos grandes piezas narrativas, será breve —solo

cuatro capítulos—. Sobresale el hecho de que ésta es la única novela del autor que disfruta de una reedición al año siguiente y a la que se añade el capítulo “Día alegre y dignamente aprovechado”.

La brevedad es un cambio drástico, que se mantendrá para la última novela de nuestro autor, *Vida y hechos del famoso caballero don Catrín de la Fachenda*, también ofrecida al público en 1820 en un tomito en octavo. Especulamos que tras el éxito editorial de *Noches*, Lizardi optaría por escribir en clave breve.

Noches tristes es, confesado por el propio Lizardi, una obra que imita la del español José Cadalso *Noches lúgubres* (1789-1790), a su vez estela del poema extenso *Nights Thoughts* (1742-1746), del poeta inglés Edward Young. Las tres obras pertenecen al discurso meditativo, tanto la novela de Cadalso como la de Lizardi son dialogadas, un subgénero que posteriormente reaparecería en la escritura de Benito Pérez Galdós, y que encontramos también en su espíritu filosófico en *Nueve madrugadas y media*, de María Luisa Puga.

Noches tristes de Lizardi se conforma de cuatro diálogos que narran lo acontecido a Teófilo durante igual número de noches. El tono patético de los diálogos dista mucho del gusto contemporáneo, de manera que un lector actual hallará difícil deleitarse con esta

obra que bien representa el amplio espectro de lo sentimental a fines del siglo XVIII en Europa.

La novela dialogada fue un subgénero reconocido durante el siglo XVIII. *Jacques el fatalista* (1796), de Diderot, quizá sea el más famoso caso. El diálogo o coloquio pertenece a los géneros prestigiosos de la Antigüedad. Durante el Renacimiento gozó de una creciente popularidad que se constata en las múltiples ediciones, tal es el caso de los *Colloquia* de Erasmo de Rotterdam, del *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés o del *Diálogo de Mercurio y Carón* de Alfonso de Valdés y, por supuesto, el notable *Coloquio de los perros* de Cervantes, que puede considerarse la muestra del paso del diálogo renacentista a la novela moderna. Había diálogos didácticos, fantásticos y filosóficos; a este último tipo se acercan los que conforman *Noches tristes*.

Teófilo sufrirá una serie de infortunios que pondrán a prueba su fortaleza, pues el objeto de la obra es moral: “enseñar al lector a humillarse y adorar en silencio los decretos inescrutables de la alta y divina Providencia”. Las cuatro noches y los desafortunados sucesos se traman en torno a Teófilo, de manera que estamos ante una narración que subjetiviza al lector desde la voz del protagonista. El reto narrativo del diálogo es que éste carece de la voz explícita de un narrador. Tal econo-

mía pone al lector sin mediación en las situaciones y ante las reflexiones del protagonista, procurando que el lector “se calce sus zapatos”.

No parece sino que de cuatro noches acá se han conjurado contra mí [Teófilo] no solamente los hombres, sino hasta los mismos elementos. Sí, yo soy el más desventurado de los mortales. ¿Qué culpa tan grave he cometido que he atraído sobre mí la maldición del cielo? La calumnia y la afrenta me persiguen, mis intereses se pierden; mi esposa huye de mí cuando parece que me busca, mis hijos se alejan de mí vista; el criado se mata y se condena delante de mis ojos, muere una mujer a quien quise prestar algún alivio; jamás hallo el camino que deseo; el caballo me deja; la tranquilidad me falta; mi esperanza desfallece, y por todas partes me rodea la sombra de la muerte.

La dinámica en que Teófilo va de sujeto atormentado a hombre de fe inquebrantable una y otra vez hace de las reflexiones que brotan de la conversación con los demás personajes, y que se entremezclan con otras a manera de monólogos, una novela sobre un conflicto en el mundo interior del protagonista que sostiene su mundo exterior. Debido a que las cuatro noches configuran la unidad de acciones de dicho viaje moral o

meditación, *Noches tristes* ha de considerarse dentro del corpus de primeras novelas cortas mexicanas, pues narra un solo asunto de un solo personaje.

Una de las claves estéticas paradójicamente lejana a nuestro gusto literario en *Noches tristes* es la sensibilidad. Teófilo padece y presencia el amplio espectro de sentimientos que la novela dieciochesca había logrado representar: desesperación y terror en las noches primera, segunda y cuarta; empatía, compasión, templanza y benevolencia en la tercera noche, la mayoría de estos sentimientos aparecen marcados con abundante llanto y dramáticas gesticulaciones (postraciones, clamores al cielo, voces de lamento). Este patetismo se acrecienta por los escenarios nocturnos en los que ocurre el viaje de Teófilo mientras busca a su esposa.

¡Qué escena tan triste y dolorosa! Martín no despega su cara de la difunta y sus tiernos hijos se echan llorando sobre el cadáver. ¿Quién podrá reprimir los sentimientos naturales, ni cómo podremos imponer moderación en estos lances? Todo es aquí tristeza, gritos, lamentos y suspiros.

La novela es una sucesión de escenas exaltadas. La sensibilidad era considerada una expresión propia de los sujetos civilizados. El discurso verbal, y no la fuerza

ni la violencia, era prerrogativa de los ilustrados. En el centro de una sociedad llena de atropellos, como en la que vive Teófilo —o cualquier novohispano del momento—, los abusos no se detienen con fuerza, sino con argumentos, empatía y, para Lizardi, con la práctica de las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. Por esto, la novela se conforma de monólogos que imbrican tanto los argumentos que intentan explicar las circunstancias, como de descripciones pormenorizadas de sus sensaciones. Están presentes tanto el mundo exterior como el interior: la sensibilidad neoclásica proporciona los fundamentos al Romanticismo, que se encargará de seguir indagando sobre el mundo interior.

Esta necesidad de mostrar los efectos del mundo exterior en el interior, con apoyo sólo del discurso, explica la naturaleza —de exagerada sensibilidad para un lector contemporáneo— que compone los monólogos y diálogos de Teófilo a lo largo de la obra. La muerte como circunstancia en torno al protagonista y la noche artificiosamente perpetua en la novela han provocado que se quiera ver en esta obra indicios de prerromanticismo; sin embargo, ambos ambientes contrastan con el final y la férrea voluntad de Teófilo de no desfallecer, de mantenerse pese a todas sus desgracias en la fe cristiana, pues el modelo del personaje es la paciencia y fe

de Job. Es decir, tanto la tragedia como la oscuridad van cercando a Teófilo, el círculo parece cerrarse en la cuarta noche. No obstante, el protagonista se eleva por encima de la desesperanza, al colocarse como modelo de moral cristiana y civilizada para el lector.

Durante las cuatro noches, Teófilo es atravesado por cambios incesantes. Por medio de este tipo de tramas la novela ilustrada promovía una educación sentimental en la virtud, es decir, el esfuerzo por mantener la virtud a partir de la fe. De manera que el nombre de nuestro protagonista guarda el propósito de la obra: Teófilo es el “amado de Dios”, y a lo largo de las vicisitudes terribles que lo abruma cada noche, el protagonista deja claro que sólo el amor de Dios por él, su criatura, explica su salida de prisión, sus intentos por persuadir a Rodrigo de que enmiende su pensamiento y, con ello, su corazón, y de que Teófilo sea capaz de ayudar a la agonizante e ir en búsqueda de su mujer. *Noches tristes* es en este sentido una obra piadosa y de devoción de carácter y estética moderna, pues al mismo tiempo que Teófilo cree en la benevolencia divina, también exalta el libre albedrío y la voluntad humana como el lugar donde obra la sabiduría celestial. De suerte que, a pesar de encontrarse abatido, Teófilo porfía gracias a la fuerza que le da su fe para ser generoso y practicar la caridad cristiana, la más importante de las virtudes teologales.

Para que la sensibilidad sea percibida como racional capacidad humana, los escenarios que recorre nuestro protagonista están marcados por la crueldad en espacios sociales conflictivos: la prisión con su sistema de justicia arbitrario y basado en la delación;¹ el bandidaje que aflige a los pobres; los médicos, curas y vicarios igualmente indiferentes a los ruegos de un pobre y que actúan movidos por avaricia; y, finalmente, la pobreza del sepulturero que lo lleva a robar a los cadáveres para subsistir. Lizardi simboliza a la sociedad novohispana como fiera: los pobres que siempre son concebidos como ignorantes dependen de la benevolencia de quienes los rodean y de los ricos, al tiempo que son objeto de toda clase de injusticias por parte de jueces, médicos y eclesiásticos, como sucede en la novela. El juicio moral negativo para estas tres profesiones es aún mayor, pues su propósito es “hacer civilización”, representan las bases discursivas simbólicas de las sociedades modernas: la ley, la ciencia y Dios. De suerte que, desde la visión piadosa de la que hemos hablado, las instituciones de la sociedad novohispana se alejan de la práctica virtuosa de la religión católica; ésta en sí misma es ya una acusación enraizada en el pensamiento ilustrado. De manera que *Noches tristes* mantiene el espíritu crítico social que caracteriza a *El Periquillo* y a la obra entera de Fernández de Lizardi.

Retomemos ahora un aspecto fundamental de la obra, en su segunda edición, apenas un año después, en 1819, y publicada en el tomo II de la miscelánea *Ratos entretenidos*. Ahí aparece el capítulo “Día alegre y dignamente aprovechado”. Como veníamos diciendo, la educación sensible neoclásica propone en la novela un contraste entre cuatro noches *tristes* y un día *alegre*. La alegría está dada en la conversación que Teófilo y el cura sostienen contra el ateísmo, pero, sobre todo, contra los “católicos exteriores”. El orden social novohispano es el blanco de tales reflexiones, pues en su seno habita el cristiano irreligioso, que es definido como aquel que vive “con el mayor libertinaje sin remordimiento, sin inquietud de su conciencia; se entrega a cuantos vicios quiere, con harta paz de su corazón [...] Ni el movimiento de la tierra ni los truenos del cielo lo intimidan. A su lado caen montones de cadáveres, todos los días pisa las orillas del sepulcro [...] las espantosas ideas de Dios, muerte, eternidad y pena, las desecha como aprensiones téticas e importunas”. Esta definición bien puede aplicarse a otro protagonista de la novelística lizardiana: don Catrín de la Fachenda, o bien al don Giovanni de Mozart que desciende imperturbable a los infiernos.

A manera de conclusión, podemos decirle al lector contemporáneo que *Noches tristes y día alegre* apuesta en

Teófilo por el sujeto moderno cristiano racional sobre el cual muchos autores ilustrados basaban los cambios que necesitaban las sociedades —tal es el caso de Pablo de Olavide—; no se trata del personaje masculino inteligente, audaz, fuerte y violento que terminará imponiéndose en los excesos del romanticismo, sino uno que equilibra la razón con la sensibilidad, de suerte que el buen actuar, la bondad, no se funda en la razón sino en la ternura, la templanza, la caridad, la empatía hacia el otro. Mientras los personajes románticos son sacudidos y llevados por la pasión, los ilustrados se vencen y gobiernan a sí mismos. Son civilizados porque la fuerza de la razón obra en su interior para así expresarse en el exterior.

El lector se introduce en el complejo espectro sentimental que emergió durante el Siglo de las Luces gracias a la filosofía sensista, y que sentó las bases de las representaciones de la sensibilidad moderna que aún pueblan nuestro cine. Dicho sentimentalismo complejo, que promueve más la ternura y la compasión que la crueldad, se generó a consecuencia y en el medio de los estudios médicos que darían lugar a la psicología, saberes que examinaban los nexos contradictorios y complementarios entre alma y cuerpo. La religión, y especialmente el amor cristiano, proporcionaban representaciones útiles a lo sensible, al tiempo que preferían

un cristianismo de acción más que de liturgia (ésta no tiene lugar en la novela).

Noches tristes y día alegre en tanto novela sensible cifra su mensaje moral y al lector en la siguiente cita: “Todo esto te digo para que te acostumbres a hacer el bien y guste tu corazón las dulzuras de la sensibilidad ejercitada en favor de tus infelices semejantes”.

NOCHES TRISTES

Y DÍA ALEGRE

Traducción libre del epígrafe de la portada:

*Todavía salen las lágrimas a mis ojos
al acordarme de aquellas tristísimas noches.²*

ARGUMENTO O IDEA DE LAS *NOCHES TRISTES*

Desde que leí las *Noches lúgubres* del coronel don José Cadalso, me propuse escribir otras *tristes* a su imitación, y en efecto, las escribí y las presento aprobadas con las licencias necesarias.

No me lisonjeo de haber logrado mi intención; antes conozco que así como es imposible que la ruda iguale a la palma en altura, y que el pequeño gorrión alcance el elevado vuelo del águila, que se remonta hasta los cielos, así es imposible que mi pobre pluma iguale los sublimes rasgos de erudición y elocuencia que a cada línea se admiran en las obras de este célebre y moderno escritor.

Con esta salva, me parece que deben acallarse los críticos cuando noten la enorme diferencia que hay entre mis *Noches* y las de Cadalso, pues yo no digo que he imitado su estilo, sino que quise imitarlo. Si no lo he conseguido, el defecto ha sido mío, que me arrojé a una empresa ardua; pero me consuelo al acordarme que el sabio dice que bastante es emprender las cosas arduas aunque no se consigan. *In arduis voluisse sat est*. Pasemos

a dar una breve idea de la materia de estas *Noches* y de su objeto.

La persona fatal o desgraciada de la novela es un tal Teófilo, hombre virtuoso cuya paciencia y constancia probó la Providencia en cuatro noches.

En la primera se ve calumniado y reducido a una cruel y horrorosa *prisión*.

En la segunda, que se titula “La pérdida en el bosque”, presencia el fin funesto de su criado, hombre criminal y blasfemo. Él mismo se ve a los bordes del precipicio y escapa a favor de la espantosa luz de un rayo.

En la tercera noche, sufre un *triste desvelo* con la muerte de una infeliz en cuya casa se hospedó.

En la cuarta y última, después de haberse perdido, se refugia a un *cementerio*, en donde halla improvisamente el cadáver de su infeliz mujer. Este terrible encuentro lo hace desfallecer y rendirse bajo de su peso. El sepulturero que lo acompaña lo lleva a su casa, en la que después de vuelto en sí logra con ventajas el premio de su resignación cristiana.

Tal es el asunto de estas *Noches*, y fácil es concebir que su objeto moral no es otro que enseñar al lector a humillarse y adorar en silencio los decretos inescrutables de la alta y divina Providencia, asegurado de que ésta nada previene ni determina sino con relación a nuestro bien, al que siempre está propensa y decidida.

El católico que esté penetrado de estos religiosos sentimientos tiene mucha ventaja para sobrellevar los trabajos y miserias de esta vida sobre el impío y el incrédulo atea; pues éste todo lo atribuye al acaso, y aquél, aunque confiesa la existencia de un Dios, blasfema de su alta Providencia, y ambos reciben el fruto de su perversidad en los remordimientos que los agitan y en la desesperación que les hace insoportables las infelicidades de esta vida y los acompaña hasta el sepulcro.

NOTAS

Se admiten suscripciones a esta obrita en el puesto de la *Gaceta*,³ portal de Mercaderes,⁴ o cajón inmediato,⁵ siendo el precio de ella un peso.

Saldrá dentro de un mes en un cuadernito en octavo, adornado con cuatro estampas alusivas a la aventura de cada noche, y se darán encuadernados en papel de colores.

Hemos determinado salga en pliegos sueltos para proporcionar así su mayor expendio y de consiguiendo los costos de la impresión, y que ésta no se retarde.

Los señores subscriptores que o no quieran esperarse a recibir su cuadernito completo, porque lo quieran leer luego que salga, o porque quieran encua-

dernarlos con más curiosidad, pueden enviar por sus pliegos al mismo puesto de la *Gaceta* los jueves de cada semana. No nos comprometemos a enviarlos a sus casas, como debía ser, porque el costo de la obrita no da para pagar repartidores.

[A estas *Noches tristes* se ha añadido un *día alegre* cuyo objeto es provocar la piedad de los hombres en favor de sus semejantes desgraciados].

NOCHE PRIMERA LA PRISIÓN

Diálogo

Teófilo, un ministro de justicia y un carcelero

TEÓFILO.—¡Oh, triste noche!, ven y cubre con tu oscuro manto los males y desdichas de los hombres. ¡Oh, noche!, tus horas son sagradas. Cuando el sol oculta sus luces bajo nuestro horizonte, tú tachonas el cielo con las brillantes estrellas que tan benignamente influyen el suave sueño a los mortales.

A favor de tus sombras silenciosas descansan de sus afanes y trabajos, y el inocente desgraciado halla en tus tinieblas espantosas un asilo seguro contra las desdichas que lo persiguen por el día.

Tal soy sin duda. Hoy he sufrido altanerías de un necio con poder, baldones de un rico altivo, desprecios de un amigo ingrato y... ¡cuántas cosas, cuyo recuerdo me es desagradable hasta lo sumo! Mas ya la triste noche, separándome del comercio de los hombres, hace desaparecer de mis ojos estos objetos de odio y abominación, y obligándome a retirar al albergue sagrado de mi

casa, me presentará en su lugar los ídolos más dignos de mi amor.

Sí, yo entraré en ella como al asilo de la paz; mi fiel y amable compañera me recibirá con mil caricias, mis tiernos hijos se colgarán de mi cuello y estamparán sus inocentes besos en mi frente. El chiquillo se sentará a jugar sobre mis rodillas, el grande reclinará su cabeza con la mayor confianza en mi amoroso pecho, mientras su madre me pregunte con el más vivo interés el éxito de mis negocios; pero ¡qué insensato fuera yo si oprimiera su amable corazón refiriéndole mis sinsabores! No; callaré lo adverso, disimularé mis contratiempos; hablaremos de asuntos familiares y domésticos, y después de tomar juntos y alegres el frugal alimento que previno mi cuidado, entregaré mi cansado cuerpo al limpio y humilde lecho que me espera.

Mi almohada entonces recibirá gustosa mi cabeza, y la lisonjera reflexión de que a nadie he hecho mal en este día me facilitará, en medio de mis aflicciones, el reposo y el sueño más tranquilo. —Pero ¿qué es esto?, ¿qué gente armada me sorprende, impidiéndome la entrada de mi casa?

MINISTRO.—La justicia es. Deteneos. Daos a prisión.

TEÓFILO.—¿Yo a prisión?

MINISTRO.—Sí, vos. ¿No sois Teófilo?

TEÓFILO.—El mismo.

MINISTRO.—Pues sois el delincuente a quien se busca. Aseguradlo.

TEÓFILO.—Jamás he sido delincuente. Si lo fuera no vendría con tanta serenidad a caer en vuestras manos.

MINISTRO.—Eso prueba necedad, no inocencia.

TEÓFILO.—¿Qué delito he cometido?

MINISTRO.—Bien lo sabéis.

TEÓFILO.—Lo ignoro; mi conciencia no me acusa de ninguno.

MINISTRO.—Todos los criminales dicen lo mismo. Sois reo de un robo y tres homicidios.

TEÓFILO.—¿Reo de tales delitos!

MINISTRO.—¿No lo oís?

TEÓFILO.—Estáis equivocado. No seré yo.

MINISTRO.—Bien, ya se sabrá. Amarradlo.

TEÓFILO.—No me atropelléis, que soy hombre de honor.

MINISTRO.—Si conocieras lo que es honor, no os vierais tratar de esta suerte; pero el infame pierde todos los fueros y privilegios. Caminad.

TEÓFILO.—Permitid que me despida de mi esposa.

MINISTRO.—No es necesario.

TEÓFILO.—Tendrá mucho cuidado por mi ausencia.

MINISTRO.—No importa. Caminad, que es tarde.

TEÓFILO.—Mirad...

MINISTRO.—Si habláis otra palabra, juro que os haré andar a sablazos.

TEÓFILO.—Conformémonos, suerte ingrata, no se te puede resistir. Caminemos.

MINISTRO.—Nada valen ya esas hipócritas resignaciones. Lo que debéis hacer es recordar los cómplices de vuestro crimen para delatarlos, y componer vuestra conciencia porque no viviréis muchos días.

TEÓFILO.—Así lo entiendo. Tal puede ser la vehemencia de la calumnia.

MINISTRO.—Mucho insistís en justificaros, o a lo menos en pretenderlo; pero es en vano. Hay presos ya algunos compañeros vuestros y la denuncia ha sido muy segura.

TEÓFILO.—Jamás he tenido compañeros en la maldad, porque me he excusado de cometerla.

MINISTRO.—Vaya; seréis un inocente, pero no sé cómo os libraréis de tantas pruebas que están producidas contra vos. Los cómplices, la denuncia y vuestros papeles os condenan sin la menor duda. Yo no soy el juez de vuestra causa; pero tengo muchas noticias seguras.

TEÓFILO.—No lo serán mucho. Pero ¿qué papeles míos o qué ilícitas correspondencias habéis visto?

MINISTRO.—Los que están en poder de los magistrados y los que acabo de sacar de vuestra casa, pues

aunque éstos no los he visto, supongo que serán lo mismo que los otros.

TEÓFILO.—¿Cómo así? ¿Pues qué se ha cateado mi casa?

MINISTRO.—Ya está hecha esa forzosa diligencia y quedan asegurados vuestros pocos bienes.

TEÓFILO.—¡Justo cielo! ¿Y mi infeliz mujer?, ¿mis tristes hijos? ¡Qué habrán padecido en tan terrible lance, ignorando la suerte y paradero de su padre!...

MINISTRO.—No tengáis cuidado. A vuestra esposa se le dijo que por una deuda os embargaban, y que según noticias, vos, para escapar de la prisión que se os preparaba, habíais huido esta misma noche, y se sospechaba que trataríais de embarcaros para el Perú.

TEÓFILO.—No fue el remedio menos cruel que la herida. ¡Ah!, si supierais la sensibilidad de esa buena mujer y el sincero amor que me profesa, la compasión os hubiera sugerido ahorrarla semejante pesadumbre...

MINISTRO.—Sois un bribón que no conocéis las leyes de la gratitud. ¿Así pagáis mi desinteresado comedimiento? ¡Insolente!

TEÓFILO.—No me insultéis, que el encargo que se os confía no os autoriza para maltratar a un indefenso; y más, que debéis advertir que yo en nada os agravo cuando os manifiesto que quisiera que mi esposa no hubiera sabido...

MINISTRO.—Callad. ¿Pues valiera más que yo le hubiera dicho la verdad?

TEÓFILO.—Sí, más valía que le hubierais dicho lo que creéis ser verdad. Ella, entonces, satisfecha de mi virtud, no lo habría creído, y confiada en el que vela sobre el justo, esperarí­a con resignación mi libertad y el resarcimiento de mi honor; pero como supusisteis ser el motivo una deuda, lo habrá creído sin el menor escrúpulo, porque ¿quién no puede contraer una deuda?, ¿ni quién será hábil para libertarse de las vejaciones de un acreedor cruel y favorecido?

MINISTRO.—Habláis mucho y sin substancia; pero ya estáis donde pagaréis vuestras malicias. Ya estamos en la cárcel. Entrad.

TEÓFILO.—Depósito de la iniquidad, hónrate con que un hombre de bien pise tus umbrales esta vez. Entremos.⁶

MINISTRO.—Carcelero.

CARCELERO.—¿Qué se ofrece?

MINISTRO.—Entregaos de este faccioso criminal.

TEÓFILO.—Decid, de este pobre desgraciado.

MINISTRO.—¿Aún habláis, insolente, y tenéis cara para profanar el nombre del honor y la virtud con esos impuros labios?

CARCELERO.—¿Pues quién es este inocente nuevo que me habéis traído de huésped esta noche?

MINISTRO.—Éste es un gran pícaro; es el famoso Teófilo, de quien tenemos tanto encargo.

CARCELERO.—¡Ah!, sí. ¿Éste es el Teófilo..., pues aquel cierto Teófilo? Ya, ya sé quién es.

MINISTRO.—Pues ya os lo entrego. Aseguradlo bien hasta mañana, y no le permitáis comunicarse con persona nacida; ninguna compasión os merezca, es un vil.

CARCELERO.—Sí, id sin cuidado. Bonito soy yo para compadecerme de ninguno. Aun las mujeres hermosas, cuyas lágrimas encantadoras a todo el mundo rinden, no consiguen nada conmigo. Ved, y qué lástima será capaz de infundirme este barbón. ¿Tienes dinero?

TEÓFILO.—Ninguno.

CARCELERO.—Pues siéntate. Te calzaré los grillos más pesados, pues éstos los merece el reo más criminal y pobre como tú.

TEÓFILO.—¿No puedo redimirme de este tormento ofreciendo gratificarte mañana?

CARCELERO.—Aquí no es tienda, no se admiten plazos. De contado se ha de pagar un favor, o sufrir.

TEÓFILO.—Pues suframos.

MINISTRO.—Repito que no os descuidéis con él, porque es muy malicioso.

CARCELERO.—Dejad su seguridad a mi cuidado.

MINISTRO.—A Dios.

CARCELERO.—Pon los pies iguales.

TEÓFILO.—Ya están; mas te ruego que no golpees tan recio, que se me rompen las piernas.

CARCELERO.—¿Y qué me importa? ¿Acaso a mí me duele, o soy tu padre para lastimarme de tus dolores? Pagaras y te tratara con más suavidad de la que mereces.

TEÓFILO.—Dices bien. Haz lo que quieras.

CARCELERO.—Ya están remachados. Entra en este calabozo.

TEÓFILO.—No me puedo mover con tanto peso.

CARCELERO.—Eres muy delicado. Apenas tienen treinta libras.

TEÓFILO.—Será así; pero no estoy acostumbrado a estas prisiones.

CARCELERO.—Pues acostúmbrate. Haz tu deber y anda, que es tarde y quiero recogerme.

TEÓFILO.—No puedo.

CARCELERO.—Pues yo te haré poder con este látigo. Anda.

TEÓFILO.—Así ultrajas la humanidad abatida.

CARCELERO.—No me prediques. Entra.

TEÓFILO.—Ya entro. El golpe del rastrillo ha herido funestamente mis orejas. —¡Qué mansión tan oscura y horrorosa! ¿En dónde estoy? Por ninguna parte entra la más mínima luz. ¡Qué espanto! ¡Qué pavor tan inesperado sobrecoge mi corazón! Que el malhechor se sobresalte siempre, no es nuevo. Esto es muy natural;

¿a qué delincuente no asusta el temor del castigo que merece su delito? Pero que tiemble el inocente, que se abata el que no ha delinquido, luego que se ve sumergido en el peligro, no sé a qué secreto impulso lo pueda yo atribuir. ¿En qué se fundaría Horacio para decir que el inocente pasará libre y tranquilo por los riesgos más terribles?⁷ Seguramente eso sería en la edad dorada de los poetas, o él mismo jamás había experimentado el temor de la persecución criminal.

Pero, después de todo, ¿yo qué he hecho?, ¿en qué he delinquido?, ¿cómo he podido merecer estos ultrajes? Mi conciencia, fiscal el más seguro de mis acciones secretas, no me acusa de ninguna por la que deba yo sufrir estos rigores. Sin embargo, los sufro y los padezco sin haberlos merecido. Me hallo sepultado en las cavernas del horror, cargado de prisiones, separado de la dulce compañía de mi familia; solo, triste, abatido y esperando el funesto fallo contra mi vida y honra. ¡Oh, cruel condición de la miseria humana! ¡Que ni la más arreglada conducta, ni el honor, ni la virtud misma sean, a veces, bastantes a asegurarnos de los tiros de la ignorancia o de la malignidad de los hombres!

Mas ¿qué es lo que hago? Estas tristes consideraciones son inútiles. De nada sirve la apatía en estos casos sino de hacer más pesada la horrible situación del individuo. Pues no. Yo he de esforzar mi espíritu, yo he de

alentar mi ánimo desfallecido, acordándome, en medio de las aflicciones que me cercan, de que todo se hace en el mundo o por decreto o por permisión del Ser Supremo. ¿Qué tengo que afligirme? Soy inocente: la Providencia velará sobre mi conservación y la de mis hijos.

A la escasa luz de este tabaco veré dónde estoy y acomodaré en el mejor rincón mis cansados miembros mientras llega el día. Delante del sol brillará mi honrada conducta y sus dorados rayos disiparán la densa niebla de la calumnia, y la justicia, satisfecha de mi inocencia, me restituirá libre y con honor a la sociedad y a mi familia. Sí, esto ha de ser; ya alumbro...

Pero ¿qué es esto?, ¿qué nuevo horror me pavoriza?⁸ En un momento veo destruidos mis consuelos y mis esperanzas desmayando. ¡Ay de mí!, quería alentar mi espíritu con el recuerdo de mi ninguna culpa; pero advierto que se arrastra y se aniquila hasta lo sumo a la presencia de estos fúnebres objetos. No se ve aquí otra cosa que grillos, cadenas, sogas, serones, cubas y sacos de infelices ajusticiados. ¿En dónde estoy?, ¿qué funestas ideas me suscitan estos terribles aparatos de la muerte?, ¿por qué me habrán encerrado en esta fatal mazmorra y no en otro lugar menos espantoso? Sin duda está muy inmediato el término de mi vida. ¡Triste presagio! Acaso será costumbre depositar aquí las víctimas para advertirles se prevengan a recibir la muerte.⁹

Por todas partes toco su imagen. Ya no basta la idea de mi inocencia a reparar mi corazón; mi espíritu desfallece por momentos... Mas ¡qué es esto! Yo he tropezado y caído sobre un hombre. Sí, el bulto que toco no es de otra cosa. ¿Quién será este desgraciado que me acompaña? El triste duerme profundamente. Ni mis voces ni el peso de mi cuerpo han sido bastantes a despertarlo. ¡Pobrecito!, ¡cuántas noches quizá habrá pasado sin cerrar sus ojos! Su situación me compadece. ¡Miserable! Duerme, descansa de las fatigas que atormentan tu espíritu y tu cuerpo por el día.

Pero no, despierta, consuélate con el infeliz que te acompaña; cuéntame tus desgracias, oye las mías y entre ambos aliviaremos nuestras penas.

Mas no despierta después de que lo muevo fuertemente. Apenas se le percibe la respiración. ¿Si estará enfermo, o si se habrá privado en fuerza del dolor que le oprime? Todo puede ser. Tocaré su pulso... ¡qué horror!, su mano yerta parece al mármol frío. Este desgraciado está muerto. Le alumbraré la cara... ¡Qué susto!, es un cadáver el que yo juzgué mi compañero. Esto me faltaba para acabar de confundirme. Todos son preludios de mi muerte. ¡Qué pavor! ¿Quién será este desdichado? Alumbraré otra vez, a pesar de que lo resiste no sé qué secreta repugnancia... ¡Qué objeto tan espantoso! Su cara está negra, sus facciones desfiguradas, sus manos

traspasadas con dos saetas. Este infeliz, sin duda, fue algún salteador que ajusticiaron y lo han depositado en este calabozo para a la madrugada conducirlo a algún camino real. ¡Desdichado de ti! ¿Pero qué digo desdichado?; feliz y muy feliz. Él ha muerto, es verdad;¹⁰ perdió la vida, pero con ella satisfizo sus delitos; murió, pero supo que fue justamente; dejó de existir entre los vivos, mas también dejó de padecer los terribles remordimientos de su conciencia, y ya no vive, en fin, pero descansa para siempre.

¡Qué diversa es su suerte de la mía! Yo también moriré, yo sufriré la afrenta que él sufrió; pero la sufriré inocente, padeceré sin culpa y dejaré a mi triste familia la nota de la infamia, sobre el desconsuelo de mi pérdida. ¡Oh, consideraciones funestas! ¡Oh, momentos de desesperación y de dolor! Sólo la muerte podrá librarme del peso que me agobia.

Sí, muerte amiga, ven; ya no te temo, ya no te huyo; ya no eres a mi vista horrorosa ni formidable. En este cadáver te miro risueña y apacible; te considero como la única y poderosa redentora de todos los males de los hombres. Ven, muerte, pues; ven, apresúrate a socorrer a un infeliz que clama porque lo recibas en tus brazos. El golpe de tu segur es un solo golpe, terrible ciertamente; pero un golpe inevitable y un golpe piadoso que nos redime de otros muchos más tristes y temibles. Tú,

nos privas de la vida; pero ¿qué es la vida para que vivamos tan engreídos con ella? ¿Es otra cosa que una tela en donde se teje sin cesar nuestra desdicha? Muramos, Teófilo, y muramos contentos, pues con la muerte se consigue el descanso que jamás sabe proporcionar la vida.

Pero el cielo parece que atiende benignamente mis clamores. El estruendo de las llaves y candados anuncia no sé qué felicidad a mi corazón.

En efecto, es el carcelero; ya entra, pero admirado se detiene a mi vista... Sin duda se ha compadecido y no acierta a darme la alegre nueva de mi muerte. Lo animaré: —Entra, amigo, habla, no te turbes. ¿Vienes a anunciarme el fin de mis últimos días? ¿Vienes a conducirme a la capilla? Dilo todo; dame este gusto, no te dilates. Tú eres mi amigo, tú mi verdadero consolador; apresúrate a entregarme a la muerte lo más pronto, a una muerte que espero con resignación... He dicho mal; a una muerte que deseo con ansia y que considero como el fin de mis intolerables desgracias. Ya me es insufrible el peso de esta vida que arrastro. Ea, vamos a morir, amigo, vamos a morir. ¡Ojalá se precipiten los últimos instantes de mi existencia como el peñasco que se desgaja de la cima del monte!

CARCELERO.—No te traigo la fatal noticia que de-seas...

TEÓFILO.—¿Qué dices? ¿Aún no se decreta mi muerte?, ¿aún se me prolonga la vida para hacerme padecer con lentitud?

CARCELERO.—Me turbó el hallarte hablando solo y con tal entereza, cuando pensé que el miedo...

TEÓFILO.—Nada temo sino vivir.

CARCELERO.—¿Tan mal estás con la vida?

TEÓFILO.—Para nada la quiero.

CARCELERO.—Pues si el vivir te disgusta, vivirás a tu pesar. Siéntate.

TEÓFILO.—¿Qué vas a hacer?

CARCELERO.—A quitarte los grillos.

TEÓFILO.—¿Y para qué?

CARCELERO.—Para ponerte en libertad.

TEÓFILO.—¿Qué dices?

CARCELERO.—Acaban de traer al verdadero Teófilo que se buscaba, que es el delincuente; y te voy a echar a la calle antes que amanezca y sepan los jueces la tropelía y mal proceder del comisionado.

TEÓFILO.—Yo lo perdono; pero no sé si me deba dar el pésame de esta desgracia.

CARCELERO.—¿Desgracia llamas el recobrar tu libertad?

TEÓFILO.—Sí la llamo. Desgracia es vivir en un mundo tan lleno de peligros. Ya estaba yo resuelto a morir; ya no pensaba sino en salir de esta vida para li-

brarme del infinito número de miserias que nos afligen y amenazan cada instante. Tú me has quitado el gozo con que me disponía a recibir la muerte. Yo viviré, sí, yo volveré a ver la luz del sol en mi libertad, y ¿para qué? Para ser mañana otra vez el juguete de la fortuna o el escarnio de los hombres.

¿Qué me importa vivir hoy, si mañana he de morir quizá más afligido y más desesperado? Hoy moriría con el consuelo siquiera de no merecer la muerte, moriría asegurado en mi conciencia; pero soy hombre; mañana puedo delinquir, y en este caso el castigo me sería más doloroso.

CARCELERO.—A pesar de eso, tú debes vivir, pues está de Dios que vivas.

TEÓFILO.—¿Yo debo vivir pues está de Dios que viva? Es verdad. Soy un necio, soy un cobarde en apetecer la muerte por eximirme de los males que me afligen. Sólo la pasión exaltada puede en algún modo disculpar este bastardo modo de pensar.

Es una bajeza de ánimo el desear la muerte por no saber sufrir con constancia nuestras infelicidades. La tranquilidad en medio de ellas manifiesta sin la menor duda la magnanimidad del corazón.

CARCELERO.—Ya estás libre. Vete.

TEÓFILO.—A Dios.

NOCHE SEGUNDA
LA PÉRDIDA EN EL BOSQUE

Teófilo, Rodrigo y Martín

TEÓFILO.—¡Qué noche tan oscura y espantosa! Un precipicio se abre a cada paso. Las espesas y negras nubes nos impiden gozar siquiera la débil luz que prestan las estrellas. Nada tarda en descargar sobre nosotros la inmensa mole de agua que pende sobre nuestras cabezas. Ya gotea fuertemente. Los relámpagos nos deslumbran, y los terribles truenos de los rayos nos asustan y estremecen, amenazando cada instante nuestras vidas...

El aguacero crece por momentos y el furioso huracán hace crujir las robustas encinas de estos montes. —¿Dista mucho, Rodrigo, la posada donde podamos guarecernos de esta terrible tempestad?

RODRIGO.—No lo sé.

TEÓFILO.—¿Cómo no? ¿Pues al ajustarte conmigo no me dijiste que sabías estos caminos?

RODRIGO.—Sí lo dije, y alguna vez los he andado; pero ahora no sé dónde estoy. Nos hallamos perdidos. Vos tenéis la culpa.

TEÓFILO.—¿Yo?

RODRIGO.—Sí, vuestra indiscreción en poneros a caminar cerca de ponerse el sol.

TEÓFILO.—El interés que tengo en caminar no me permite dilaciones; quisiera ser rayo para girar con su velocidad en pos de lo que busco.

RODRIGO.—¿Pues qué buscáis con tanta ejecución?

TEÓFILO.—A mi esposa, a la querida mitad de mi alma, a la mujer más noble y más amante.

RODRIGO.—Según eso, ha huido de vos, y en este caso no es tan noble ni amante como decís.

TEÓFILO.—¡Ah!, no injuries con tan bajos conceptos un alma tan grande y bondadosa. Mi mujer no huyó de mí, ni nunca tuvo motivo por qué temerme ni aborrecerme.

RODRIGO.—¿Pues, por qué la buscáis por los caminos?, ¿qué causa la obligó a separarse de vuestra compañía?

TEÓFILO.—Su lealtad, su amor, su fineza.

RODRIGO.—¿Es posible que por amaros se ausentó de vos?

TEÓFILO.—Sí, Rodrigo. Anoche, por un equívoco, me vi en una horrible prisión, acompañado de un cadáver. Al prenderme no se me concedió ver a mi esposa; el ministro ejecutor de mi arresto, creyendo hacerme un gran servicio, dijo a ésta que mis bienes se embargaban

por una deuda, y que a mí se buscaba por lo mismo; pero que él tenía noticia de que yo había huido para Acapulco con designio de embarcarme.

Apenas mi fiel compañera oyó esta noticia y se vio despedida de su casa, cuando, según me dijeron las vecinas, dejó sus hijos no sé dónde y ha marchado sola, a pie y sin dinero en mi solicitud. ¿Qué podía yo hacer sino partir luego al instante en pos de una mujer tan digna?

No he perdido más tiempo, si puede llamarse perdido, que el que empleé en solicitar o saber el paradero de mis hijos. En momentos recorrí por las casas de nuestros deudos y conocidos. Mas fue en vano, no los pude encontrar, y temiendo perderlo todo, me resolví y marché aunque ignorante del camino. En él te hallé, y en él te acomodaste a acompañarme. He aquí la justa causa de mi precipitada caminata y la ninguna culpa que tengo en nuestra pérdida.

RODRIGO.—Ciertamente que son vuestros trabajos harto crueles; pero no tanto como los míos.

TEÓFILO.—En nuestras mayores desgracias debemos conformarnos con los sabios decretos de la Providencia.

RODRIGO.—Para el que se halla agitado como yo del dolor, del temor y la desesperación, esos consuelos son muy fríos. Nada calman la agitación de las pasiones.

TEÓFILO.—Te engañas. Los consuelos más sólidos y oportunos no se hallan sino en el seno de la religión. Cuando el hombre no es atea, no puede encontrar asilo más dulce y seguro, en medio de sus mayores aflicciones, sino en la religión católica.

Sí, Rodrigo. Ella nos enseña que hay un Dios grande, autor de cuanto existe, legislador supremo de cuanto hay dentro y fuera de la naturaleza, sabio por esencia y bueno en el último extremo de bondad; nos asegura que este Ser Eterno nos ama infinitamente más que nosotros mismos, que nada decreta que no se dirija a nuestro bien, que nos crió y nos conserva, que vela constantemente sobre nuestra felicidad y nada omite por su parte de cuanto a ella se conduce y que...

RODRIGO.—Bueno está. Vos tenéis un elegante estilo para misionero. Tal vez persuadiréis con facilidad a las viejas y a los idiotas; pero yo no soy de éstos. Dudo mucho de lo que decís, y no sé cómo combinar ese amor extremado, ni esa cuidadosa Providencia, con el infinito enjambre de males que rodean al mísero mortal, sin cesar de acompañarlo desde la cuna hasta el sepulcro.

Conozco algunos hombres desgraciados que nunca o rara vez le han visto al placer la cara. Yo soy uno de ellos. Toda mi vida ha sido una cadena no interrumpida de enfermedades, miserias, sinsabores y pesadumbres. No parece sino que hay algún genio superior a mí que

se complace en verme padecer, y que todo lo rodea y lo dispone con este cruel y azaroso designio porque...

TEÓFILO.—Basta, Rodrigo; ese modo de producirse arguye a un entendimiento muy grosero, o un corazón muy corrompido, o todo junto. Solamente un alma ennegrecida con tan criminales cualidades puede agraviar a la Deidad con semejante blasfemia. ¿Crees tú que el bueno, el justo, el piadoso por esencia se complazca en lastimar a los que son hechuras de sus manos? ¿Pienzas que nuestro soberano Autor es un padre cruel que, como el fabuloso Saturno, se deleite en devorar sus mismos hijos? No, Rodrigo, lejos de ti tan viles sentimientos.

Para que otra vez juzgues y hables con más decoro acerca de la augusta Providencia, advierte que no todos los que llamamos males lo son en realidad. Estamos acostumbrados a trocar los nombres de las cosas, y a cada paso llamamos al bien mal, y al mal bien. De aquí proviene que tengamos como un mal positivo todas las privaciones de nuestros gustos y todo cuanto se opone al logro de nuestros deseos, aun cuando éstos sean los más desordenados. No es menester una revelación para conocer que muchas veces la Providencia embaraza nuestros designios por nuestro bien; la experiencia y la razón, cuando le hacemos lugar, nos convencen de esta verdad.

También debes advertir que no todos los males que nos afligen vienen dirigidos a nosotros por un decreto absoluto de Dios. Más veces buscamos el mal nosotros mismos, que las que él nos busca. El Ser Supremo impuso desde el principio ciertas y determinadas leyes a la naturaleza, que no las traspasará sino por un milagro; y así el fuego siempre devorará lo combustible, el agua mojará, los graves se inclinarán hacia el centro, y así de todo. Dios concurre a las operaciones de la naturaleza, sin cuyo concurso todo se reduciría a la nada, y en este sentido se dice que “no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios”; pero se ha de entender, sin una voluntad permisiva, no volitiva o imperiosa. En tal sentido, es una verdad infalible que nada se hace sin la voluntad de Dios, ni el pecado, pues éste se hace con su voluntad permisiva; es decir, lo permite, no lo quiere; y así permite que nos aflijan muchos males que, por otra parte, quisiera que no nos afligieran. Por ejemplo: por un admirable mecanismo estableció Dios desde el principio la respiración para la vida animal; siempre que esta función se detenga por mucho tiempo, faltará la vida. He aquí la ley de la sabia Providencia, ordenada a la naturaleza en hombres, aves y brutos. Ahora bien; un desesperado suicida se suspende de la garganta en un árbol, se impide la respiración, muere y quizá se condena. Éstos son unos males positivos, pero están en el

orden natural, y de consiguiente en nada se oponen a la providencia ni a la suma bondad del Ser Supremo. Dios permite que aquél se ahorque, que, en este caso, muera, y que si muere sin su reconciliación se condene, porque es la misma Justicia. Dios permite todo esto; pero ¿diremos que quiere que se ahorque y que muera eternamente? De ninguna manera; lo contrario nos asegura por su palabra divina: “que no quiere la muerte del pecador, sino su conversión y vida”;¹¹ luego, éste se mató porque quiso, y no porque Dios decretó que tuviera un fin tan desastrado; sufrió un gran mal por su culpa, y no porque Dios lo ordenó, aunque lo permitió. De esta clase son muchos de los males que afligen a los hombres, y que el impío atribuye al acaso o a una Providencia cruel y sin orden.

RODRIGO.—Bien, pero lo cierto es que Dios prevé el mal que me ha de afligir, puede evitarlo y no lo hace; luego, quiere positivamente que yo padezca el tal mal; pues a no querer, claro es que lo evitara así como evitó que los leones devoraran a Daniel en el lago,¹² que el fuego del horno de Babilonia consumiera los tres niños,¹³ que el mar anegara a los israelitas perseguidos por Faraón,¹⁴ y así como ha evitado otras innumerables desgracias.

TEÓFILO.—Tu modo de discurrir, aunque extraviado, me confirma en lo que ya había sospechado por tu

traje, y es que tus principios han sido otros que los de un mozo de camino.

Pero seas lo que fueres, a mí me basta verte sumergido en el error para compadecerte y procurar desengañarte según puedo. Cierto es que Dios prevé nuestros males, y que pudiera evitarlos si quisiera, como de hecho nos libra de mil a cada instante, y aun en la oración dominica nos enseñó a pedirle que nos libre de todo mal; pero ¿de qué males nos libraré con especialidad su providencia? De aquellos que el hombre no se acarrea, de aquellos a que voluntariamente no se expone y de aquellos de que no se puede precaver por sus propias fuerzas, y aun de éstos no siempre, sino cuando conviene a sus altísimos designios, ya se interese en ellos la gloria de su nombre, ya el bien de sus criaturas.

De esta clase de males se vio amenazado Daniel en el lago, los niños en el horno, los israelitas en el mar, y otros muchos que ni se expusieron al mal, ni estaba en su arbitrio el libertarse de él. En estos casos Dios ha tomado por su cuenta el libertarlos como lo ha hecho, interrumpiendo el orden prescrito a la naturaleza, de cuyos milagros ha resultado gloria a Dios y utilidad a todas sus criaturas.

Mas estos casos son muy raros, y el hombre jamás debe pedirle lo libre de los males por semejantes medios, porque esto se llama tentar a Dios, quien nunca hace

milagros a nuestro antojo; ni mucho menos debemos esperar que nos libre del mal a que nos exponemos conociendo el peligro inminente. Por esta razón tengo por una piadosa candidez la devoción con que el torreador, puesto delante de la fiera, invoca a los santos, esperando que Dios por su intercesión lo libre de aquel peligro a que voluntariamente se expone, cuando él solo, sin ocurrir a Dios, pudiera librarse no poniéndose delante de las puntas del toro, quien seguramente no lo había de ir a buscar a su casa para herirlo, y sabiendo o debiendo saber que es una verdad eterna que “el que se expone al peligro, las más veces perece en él”.¹⁵

RODRIGO.—Eso es incontestable.

TEÓFILO.—Pues a este modo son muchos de los males que afligen a los hombres, y siendo por su culpa, los atribuyen los impíos a la Providencia; pero injusta y temerariamente.

El que dispipó su patrimonio, el holgazán inútil, el glotón, el pícaro, el pendenciero y otros así, ¿con qué cara se quejarán de la Providencia por la miseria que los aflige, por las enfermedades que padecen, por los castigos, golpes y penalidades que sufren, cuando ellos con sus vicios y desreglada conducta se labran sin cesar su suerte desgraciada?

RODRIGO.—Al fin queréis persuadirme que Dios no determina ningún mal a las criaturas, sino que éstas

se buscan cuantos padecen, y que por lo mismo es temeridad y tentar a Dios pedirle que nos libre de los males. Decid lo que quisieréis; pero no sé cómo conciliar vuestra doctrina con la costumbre de la Iglesia, a quien oigo pedir a Dios que nos libre de todo mal. Bien lo sabéis: preces tiene para suplicar nos libre de los rayos, de los terremotos, de las guerras, de las muertes repentinas, etcétera, etcétera, y según esto, yo debo creer que todos los males son decretados por Dios, puesto que se le pide que nos libre de ellos, o lo que es lo mismo, que jamás los decreta contra nosotros.

TEÓFILO.—Tú te equivocas, Rodrigo, mi doctrina no se halla en oposición con la costumbre de la Iglesia. De las máximas de religión que ésta me enseña saco cuanto te digo y tú no entiendes; pero oye: la santa Iglesia pide a Dios que nos libre de todo mal, mas esto no prueba que Dios decreta todo el mal. El Ser Supremo no es autor del mal. El mal te he dicho que sucede con la permisión de Dios; pero también te expliqué que no es lo mismo permitir que querer. Debemos pedirle que nos libre del mal y confiar en su poder, pues es omnipotente y puede librarnos, y no sólo puede, nos libra en efecto de mil desgracias de que no podemos precavernos, y con tanta bondad que mil veces nos libra sin pedírselo. ¿Cuántas ocasiones, acuérdate, cuántas veces hubieras perecido en esta riña, en aquel encuentro, en

tal camino, en aquel río y en otros precipicios en que te has visto, y de los que te ha sacado la omnipotente mano del Altísimo? ¿De cuántos riesgos no te has visto libre por esta invisible mano? Acuérdate, y reflexiona que tú no fuiste suficiente a escaparte de ellos por tus propias fuerzas, y que quizá al tiempo de salvarte no te acordaste de Dios para nada, preocupado únicamente del susto que te amenazaba.

Pero de que Dios sea absolutamente poderoso para librarnos de todo mal, y de que así se lo debemos pedir, no se deduce que cuantos males nos afligen sean determinados o decretados por Dios. Mucho menos se arguye que esté, digámoslo así, obligado a librarnos, aun a costa de milagros, de aquellos males que nosotros nos acarreamos por nuestra culpa, ni a salvarnos de los peligros a que nosotros temerariamente nos exponemos. Sus atributos resplandecen en todo, y su bondad se hace perceptible aun a las criaturas insensibles. “Los cielos anuncian su gloria y las obras de sus manos certifican su poder”.¹⁶

En fuerza de esta bondad dotó al hombre de entendimiento para conocer el bien y el mal, y le dejó un albedrío para que despóticamente eligiera entre uno y otro según su gusto. Esta luz de la razón y esta libertad concedida al hombre lo hacen digno de premio o de castigo. Liberalidad que cierra a los impíos la boca

para que no puedan jamás blasfemar contra la justicia ni providencia del Criador, y que les arrancará, a su pesar, aquella espantosa consecuencia: “luego, solamente por nuestra culpa, por nuestra malicia y querer nos apartamos del camino de la verdad”.

Hay otra equivocación en la materia: vulgarmente llamamos mal a todo cuanto nos aflige, y en este sentido los males de que nos quejamos son los trabajos y las miserias de la vida. Ello es cierto que así como no hay en el mundo otra felicidad que la que da la gracia, que es lo que se debe llamar único, sólido y verdadero bien, así tampoco hay mayor infelicidad que el pecado, que es el solo y verdadero mal.

Pero aunque comparativamente llamemos bienes a las prosperidades temporales, y males a las miserias y trabajos, debemos advertir que Dios no sólo permite que éstos nos aflijan según el curso de las causas naturales, sino que muchas veces los ordena y nos los envía directamente o para nuestra corrección o para nuestro mérito, y en ambos casos, lejos de tenerlos por males, los deberíamos reconocer como unos bienes celestiales, por más que nos lastimen; así como el enfermo no tiene por un mal el cáustico, sino por un remedio eficaz del que mil veces depende su salud.

Cuando el hombre se quita la venda de las pasiones y levanta los ojos limpios a su Autor, se consuela en me-

dio de sus aflicciones con la seguridad de estas verdades. Entonces se acuerda que dicen los Proverbios: “que los días del pobre que teme al Señor están llenos de privaciones; pero la tranquilidad de su alma le es en vez de abundancia”.¹⁷ Entonces lee con gusto lo que dice san Pablo: “Gloriémonos en las tribulaciones, las cuales producen la paciencia; estableciendo ésta la prueba de nuestro amor, y perfeccionando nuestra virtud, nos da una esperanza firme”.¹⁸ Entonces se acuerda con Job “que es dichoso el hombre a quien prueba el cielo y que no se deja abatir en los trabajos, ni desanimar por los sufrimientos; que siendo la señal cierta de una predilección divina, debemos llevarlos con alegría”.¹⁹ Entonces sabe en el libro de los Hebreos que “no aflige Dios sino a aquellos que él constituye en el número de sus hijos, ni corrige sino a los que ama”.²⁰ Últimamente, entonces, conoce que “son bienaventurados los que lloran y felices los que padecen siendo justos”.²¹

RODRIGO.—¡Buen espíritu tenéis para misionero! ¿Habéis acabado?

TEÓFILO.—Nadie es capaz de elogiar dignamente las magnificencias del Señor; pero lo dicho es suficiente, a mi parecer, para hacerte conocer que Dios es justo y bueno sobre toda bondad y justicia, que su sabia providencia todo lo ordena a nuestro bien, y que lejos de complacerse en los trabajos que nos afligen, como

piensan los impíos, incesantemente vela sobre nuestra sólida felicidad.

RODRIGO.—Así os parece, pero os engañáis; nada de cuanto habéis hablado me convence. Hay criaturas nacidas sólo para llorar y sufrir. ¡Desgraciado de mí! Soy uno de ellos...

TEÓFILO.—Esfuérzate, Rodrigo, que cuando pase la negra tempestad que te oprime, tú conocerás la verdad y te consolarás resignándote, como debes, en la divina Providencia.

RODRIGO.—Vuestros consuelos son inútiles. Mi mal es cruel, mi dolor vehemente, y no tengo esperanza de remedio.

TEÓFILO.—¿Qué puede ser que no halle alivio en la esperanza?

RODRIGO.—Soy desgraciado. Hoy ha fallecido mi esposa, la mujer más amable del mundo, y ha fallecido en los brazos del dolor y la miseria. Ha muerto en la flor de sus años sólo por haberme amado, y yo, teniendo o debiendo tener proporciones para haberla asistido, he sido tan desdichado que ni la he podido sepultar, viéndome precisado a abandonar el cadáver, dejándolo solo en la accesoria en que vivía, y venir acompañándolos, sufriendo las inclemencias de esta pesada noche y cosas peores.

TEÓFILO.—Es dolorosa, amigo, tu situación; yo te

compadezco al par de mí; pero ¿qué crueles ocurrencias te redujeron a tan lastimoso estado?

RODRIGO.—Oíd en breve. Yo amaba a la que fue mi esposa, y era correspondido de ella tiernamente; no restaba otra cosa que casarnos para disfrutar tranquilamente nuestro amor; mi padre se opuso a este enlace injustamente, no porque mi esposa tuviera ninguna cualidad que la hiciera indigna de mí, sino porque era pobre. Yo, no pudiendo resistir mi pasión, me casé contra su gusto, y él, vengativo y codicioso, me desheredó al instante, dejándome en la calle y rodeado de miserias.

TEÓFILO.—Tu padre anduvo imprudente; mas tú debiste haber tentado otros medios más suaves para obtener su permiso, antes que atropellar su voluntad violentamente.

RODRIGO.—Él era un viejo áspero, duro y cruel; al paso que afeminado y condescendiente. Jamás me trató con prudencia, sino o con un rigor excesivo o con una mimada contemplación, con cuyo arte logró que yo lo aborreciera unas veces y otras lo tratara sin respeto. Últimamente, si yo fui un hijo perverso e ingrato, él fue un padre tirano y consentidor...

TEÓFILO.—Amigo, yo te he escuchado con espanto. Acaso tu padre será del extraño carácter que dices; mas nunca te es lícito deshonrarlo con tanta desvergüenza, ni pintar sus defectos con tan negros coloridos. ¡Pobre

viejo! Tal vez a esta hora tendrá noticia de tus desgracias, se habrá dolido de ellas, tratará de redimir su imprudencia, te habrá buscado, y, no hallándote, estará derramando lágrimas amorosas por tu ausencia. Vuélvete, Rodrigo, vuélvete y consueta su cansada vejez.

RODRIGO.—Melindrosas son vuestras persuasiones, el viejo cruel jamás me amó. Su hijo y su ídolo era el oro, ni conocía otro amor que el del dinero y...

TEÓFILO.—Bueno está; pero al golpe de la inmadura muerte de tu esposa, es de creer que habrá despertado de ese letargo; ya se acordará que es padre, estará pesoso de su capricho, querrá consolarte y estrecharte en sus brazos. Sí, Rodrigo; así lo creo. Vuélvete, que el triste anciano estará llorando por ti a esta misma hora.

RODRIGO.—Os engañáis. Mi indigno padre a esta hora no se ocupa sino en llenarme de maldiciones, ¡que ojalá no tarden en cumplirse!

TEÓFILO.—¡Qué profieres! Eso es temeridad.

RODRIGO.—No, sino una verdad evidente. Yo, en medio de mi dolor y miseria, fui a verlo para que me diera algún socorro; él me recibió con su acostumbrado desabrimiento; me irrité, quise tomar por fuerza unas onzas de oro que había sobre la mesa;²² él se llenó de rabia, me dio una bofetada, y yo entonces...

TEÓFILO.—¿Qué, qué hiciste?

RODRIGO.—Le pasé el corazón con un puñal...

TEÓFILO.—No prosigas. ¡Qué horror!, ¡qué sacrilego atentado! ¿Sabes qué has hecho? ¿Sabes que has atraído sobre ti todas las maldiciones del cielo? ¿A tu padre?, ¿al que te animó?, ¿a tu vicediós has asesinado? ¿Es posible que aún vives y...?

RODRIGO.—Basta; no me conjures. Sé cuál es mi delito, pero ¿qué tengo con saberlo? Todo lo he perdido en un momento: mi esposa, mi padre, mi hacienda, mi honra, mi libertad, mi vida y mi alma...

TEÓFILO.—Cállate, bárbaro, tu alma no está perdida. Clama a Dios y te perdonará.

RODRIGO.—Ya es tarde.

TEÓFILO.—Jamás lo es para arrepentirse.

RODRIGO.—No puedo. Mi crimen es muy atroz.

TEÓFILO.—La misericordia de Dios es infinita.

RODRIGO.—Para mí no alcanza.

TEÓFILO.—Arrepiéntete, confía...

RODRIGO.—Me es imposible. La espada vengadora pende sobre mi cabeza. La sombra de mi cruel padre me persigue. ¡Ay, triste! ¿No la ves qué horrible y ensangrentada me acompaña? Sí; mírala cómo anegada en unas negras llamas me avisa estar en los abismos por mi causa; mírala qué horrorosa y cómo me amenazan sus ojos centelleantes y furiosos. ¡Miserable de mí!

TEÓFILO.—Tu temor es fundado; pero no desconfíes, clama a Dios...

RODRIGO.—Está sordo. ¿No ves cómo se tapa las orejas? Mi condenación se ha decretado.

TEÓFILO.—Rodrigo, vuelve en ti. Teme al Señor, pero duélete de tu culpa, y espera...

RODRIGO.—¿Qué he de esperar? ¡Mal haya mi existencia!...

TEÓFILO.—¡Qué espanto! A la luz de este relámpago he visto despeñarse desde esta cima al infeliz Rodrigo. ¡Rodrigo!... ¡Rodrigo!... No responde. El infeliz cayó en un impetuoso arroyo y ha muerto impenitente. ¡Desdichado! Su crimen lo condujo a la desesperación y ésta a la impenitencia final. ¡Terrible estado!

Pero ¡válgame Dios!, qué cerca estuve yo de acompañarlo en tan aciaga muerte, si la atmósfera encendida tan a tiempo no me avisara de mi próximo peligro. ¡Oh, Providencia benéfica!, yo adoro tus decretos, y cosida la cara con la tierra alabaré y bendeciré tus admirables giros.

Mas ¿qué hago aquí? Ya parece que los aguaceros son menos fuertes; dentro de un rato es de creer que cesarán del todo, y que disipándose las ya delgadas nubes abrirán el paso a alguna claridad. Me volveré por donde vine. Alta Providencia, en quien confío, sostenme en esta espantosa y tristísima noche, y dirige mis inciertos pasos para que no me conduzcan al precipicio...

En efecto, el agua cesó, el horizonte se va limpiando y no tarda la aurora en dejarse ver. ¡Oh, qué noche tan amarga ha sido ésta! Anoche, sepultado en una oscura prisión, pensaba que no podía tener otra peor; mas ésta ha sido más fatal, aunque por otra parte más provechosa para mí.

En medio de las incomodidades del recio temporal, del temor de los frecuentes rayos, del desvelo, de la fatiga y de la incertidumbre del lugar en donde me hallo, me ha proporcionado mil saludables recuerdos el triste fracaso de Rodrigo. ¡Qué desgracia!, ¡qué infelicidad la de ese hombre y la de su padre! Éstas sí son desgracias, éstos sí son verdaderos males y trabajos irreparables.

Verdad es que el avariento padre de Rodrigo fue el motor de la desgracia de su casa. ¡Oh, infame codicia, y de cuántos daños eres causa! Un padre cruel y avaro hizo en pocos días un parricida, sacrificó una joven virtuosa en las aras de la miseria, y él mismo fue víctima de la desesperación de su triste hijo. ¡Ay, hijos ingratos y desconocidos que no sabéis sufrir los defectos de vuestros padres!; pero también ¡ay de vosotros, crueles padres, que no condescendéis con vuestros hijos en sus más honestos y lícitos enlaces, sino que los castigáis y aun aborrecéis cuando éstos no son conformes a vuestras miras codiciosas! Queréis casar los capitales y no las

voluntades, como si el matrimonio fuera una negociación profana y no un sacramento, y sacramento grande, como le llama san Pablo.²³

Mas ya la primera luz del sol alumbra los horizontes. Ya amanece. Las tinieblas se disipan, las inocentes avecillas con sus dulces gorjeos saludan al Criador, la naturaleza toda toma otro aspecto a la venida del padre de las luces y...

MARTÍN.—Socorro, piedad, favor...

TEÓFILO.—Pero ¡qué lastimeros ayes hieren mis oídos! ¿Qué infeliz se queja y pide socorro en estos montes?

MARTÍN.—Pastores o vaqueros, amparadnos.

TEÓFILO.—A mi derecha se escuchan los clamores. Subiré a la cima de esta loma por si descubro su desgraciado autor. Consuélate, infeliz, seas quien fueres, que aunque inútil, ya vuelo en tu socorro... Pero ¡qué miro! Un pobre hombre desnudo se deja ver desde aquí atado a un tronco. ¡Triste espectáculo! Ya él me vio y con la cabeza me llama. Bajaré...

—¿Quién eres, desdichado?, ¿quién te ha puesto en tan amarga situación? Ya te desato. Consuélate. ¿Lloras?, ¿la voz se te anuda en la garganta? ¡Pobre de ti! Vamos, serénate, o llora si de este modo se desahoga tu pena. Ya estás suelto. Soy tu amigo; refiéreme tus aflicciones por si puedo servirte de algún alivio.

MARTÍN.—¡Ah, buen señor! Yo soy un pobre que tengo un miserable ranchito a dos tercios de legua de este sitio,²⁴ y me llamo Martín. Anoche vine con mi mujer a recoger mis vacas para llevarlas al corral, y nos asaltaron unos ladrones; nos robaron las reses, nos golpearon y desnudaron, y después de esto, nos ataron a estos troncos.

TEÓFILO.—¿Y dónde está tu infeliz mujer?

MARTÍN.—Allí está, señor, que ni el consuelo de estar juntos nos permitieron. Miradla.

TEÓFILO.—Es verdad. Toma, cúbrete y anda a cubrir y desatar a tu esposa...

MARTÍN.—¿Qué hacéis, señor? ¿Vuestra manga rompéis?²⁵

TEÓFILO.—Sí; toma tú la mitad, y con la otra cubre a tu mujer.

MARTÍN.—Esa manga está muy buena, es lástima que la destrocéis; aún os puede servir.

TEÓFILO.—Jamás puede servir más dignamente. Anda.

MARTÍN.—Yo os agradezco, señor, esta fineza. Vuelvo.

TEÓFILO.—¡Qué fieros son los hombres!, ¡qué insensibles! ¿No bastaba robar a estos miserables sus bienecillos?, ¿aún era necesario desnudarlos y maltratarlos hasta el extremo?

MARTÍN.—Señor, señor, venid a ayudarme que mi Teodora ha muerto.

TEÓFILO.—¡Qué dices! ¿Esta otra desdicha te esperaba?... Vaya, cúbrela bien y sostenla mientras la desato... No te desconsueles, está viva.

MARTÍN.—¿Está viva, señor?

TEÓFILO.—Sí, Martín, está viva.

MARTÍN.—No, señor; ¿no veis que no habla, ni respira y está fría como un hielo? ¡Ay de mí!, que mi Teodora ha muerto.

TEÓFILO.—No, infeliz, no ha muerto. Está desmayada y fría por el agua y aire frío que ha sufrido en toda la noche. Ya está suelta. Súbela sobre mi caballo y sube tú a la grupa para que la llevemos a tu casa.

MARTÍN.—Señor, la cargaré en mis hombros. ¿Cómo habéis de ir a pie entre tanto lodo?

TEÓFILO.—No le hace; yo iré así de buena gana; importa mucho que no se pierda el tiempo. Sube y guía.

MARTÍN.—Sois un señor piadoso y compasivo.

TEÓFILO.—Sólo hago lo que debo. Vamos. ¿Tienes hijos?

MARTÍN.—Sí, señor, tres chiquillos. Quién sabe qué habrán hecho toda la noche sin nosotros.

TEÓFILO.—¡Triste de ti! Aún es joven tu esposa. ¿Te ama mucho?

MARTÍN.—¡Ah, señor!, por eso la amo yo tanto. Es muy amante y fina mi Teodora... Pero ¿veis, señor?; ya desde aquí se mira mi chocilla.

TEÓFILO.—Es verdad. Aligera para que lleguemos pronto.

MARTÍN.—Sí haré, y luego que lleguemos descansaréis, señor, y me haréis caridad en esperarme y cuidar de mi Teodora mientras voy al pueblo, que está cinco leguas de aquí, a ver si viene el padre vicario y el médico.

TEÓFILO.—Querría continuar mi camino; pero haré cuanto quieras en favor tuyo y de tu pobre esposa.

MARTÍN.—Dios os lo pagará, señor.

TEÓFILO.—Así lo espero.

MARTÍN.—Eh, ya llegamos. Mis hijitos aún duermen amontonados unos sobre otros.

TEÓFILO.—Pues no los despiertes. Ven, carguemos a la enferma... ¿Dónde la pondremos?

MARTÍN.—Aquí, señor, sobre estas jergas que es toda nuestra cama.

TEÓFILO.—¡Qué miseria! Abrígala con esas mantas secas y dale a oler el humo de la lana quemada... ¿Ya ves? Luego que se va calentando va volviendo... Ya se mueve... Repite la operación... Llámala... ¿Te responde?

MARTÍN.—Sí, pero apenas la oigo, y habla despropósitos.

TEÓFILO.—En efecto, delira. La calentura es terrible. Ve por el médico, que el tiempo es muy de aprovechar en estos casos.

MARTÍN.—Pondré, señor, vuestro caballo en el corral para que almuerce. Vos secad vuestra ropa al fuego y recogeos cuando queráis, asad una gallina, pues yo no tengo lugar ni vos gustaréis que me dilate.

TEÓFILO.—No, en verdad. Anda, que yo cuidaré de todo como pueda.

MARTÍN.—Voyme.

TEÓFILO.—¡Qué desgracia es la mía! ¡Que siempre haya de presenciar espectáculos tristes y espantosos!

NOCHE TERCERA EL DESVELO TRISTE

Teófilo y Martín

TEÓFILO.—Ya anochece; la enferma se agrava por momentos; los auxilios faltan aquí del todo; estas criaturas lloran extrañando la compañía de un hombre que no conocen, y Martín no parece. ¡Válgame Dios, y qué noche tan penosa se me prepara!

Pero aquel bulto que ya se mira cerca de la puerta, ¿no es Martín? Sí, él es. —¿Qué hacías, Martín? Ya estaba yo cuidadoso de ti. ¿Qué es del confesor que fuiste a traer?, ¿dónde está el médico?, ¿tú vienes solo?

MARTÍN.—Sí, señor, solo vengo.

TEÓFILO.—¿Pues qué has hecho?, ¿por qué no vienen contigo esos señores?

MARTÍN.—Porque soy pobre, y los hombres son muy crueles con los pobres.

TEÓFILO.—¿Pues qué ha sucedido?, ¿qué te han dicho?, ¿por qué se han excusado?

MARTÍN.—El médico no viene porque habiéndolo hallado en una hacienda lejos del pueblo, me pidió

veinte pesos por la visita, y como no tuve para dárselos, se negó del todo.

TEÓFILO.—¡Qué cruel! Ese bárbaro, si acaso es médico y no un ignorante charlatán, se ha olvidado del solemnísimos juramento que hizo de asistir a los pobres cuando se examinó. ¿No le ofreciste nada absolutamente por la visita? Pues, en efecto, digno es el que trabaja de que se le pague su jornal en algún modo, y nadie debe darse por bien servido, pues todos comen de lo que trabajan.

MARTÍN.—Sí, señor; le ofrecí una vaca con su cría, que es lo mejor que me dejaron los ladrones.

TEÓFILO.—¿Y aun así no quiso venir?

MARTÍN.—No, señor.

TEÓFILO.—Es un malvado. ¿Qué más habías de hacer que ofrecerle cuanto tenías? En ti esa oferta o ese premio valía tanto como si un rico le hubiera prometido su caudal, pues tú le dabas todo el tuyo. Bien dices que son los hombres crueles con los pobres. ¿Y el vicario, por qué no vino?

MARTÍN.—Dijo que estaban los caminos muy pesados con el agua de anoche, que él estaba un poco acatarrado, y que después de todo, la enfermedad de mi mujer no sería nada.

TEÓFILO.—¿Así se te excusó el vicario?

MARTÍN.—Sí, señor.

TEÓFILO.—¿Qué hay que esperar de otros, si los que por su profesión y carácter debían dar ejemplo de caridad, así faltan a ella? ¿Y tú en vista de su excusa no ocurriste al cura?

MARTÍN.—Sí, señor. Pero cuando lo vi estaba divirtiéndose a los naipes y me regañó mucho, diciéndome que para eso tenía vicario; que si éste estaba enfermo y no podía venir, él no tenía la culpa, que volviera mañana u otro día a ver si se había aliviado.

TEÓFILO.—¡Buen consuelo!, ¡excelente modo de cumplir con un cargo tan grave como el de cura de almas! La lástima es que el caso que me refieres no sea falso. ¡Ojalá fueran ponderaciones tuyas y no tuviera repetidos ejemplares este descuido tan notable! ¡Qué cosas! ¿Conque el padre vicario se excusa con lo pesado del camino, y el cura con que tiene vicario, y te dicen que la enfermedad no será nada y que vuelvas otro día? ¿Y si no da tiempo el mal, y el paciente se va sin confesión, qué cuenta darán a Dios de esas almas semejantes ministros indolentes?²⁶

MARTÍN.—Señor, ¿y cómo está Teodora?, ¿se ha aliviado?

TEÓFILO.—No, amigo; yo nunca trataré de engañarte. Tu pobre esposa está gravemente enferma. La fiebre es de lo más violenta. Ya está manchada, el delirio es continuo, los dientes están negros, el aliento indica

la gangrena; el sudor es frío, los síncope continuos; el hipo no tardará en acometerla, al que se seguirá su pronta muerte.

MARTÍN.—¿Qué decís, señor?, ¿su pronta muerte?

TEÓFILO.—Sí, hijo mío; es menester velarla esta noche pues es difícil que amanezca.

MARTÍN.—Pues perdonad, señor, entraré a verla.

TEÓFILO.—Sí, anda. Esos cuidados son muy dignos de un esposo sensible y hombre de bien. —¡Triste Martín!, ¡qué situación es la suya tan desgraciada! Solo, pobre, cargado de una familia inútil e inocente, con su buena mujer a las orillas de la muerte, y en un páramo que no presta el más mínimo socorro. ¿Qué sentirá el corazón de este infeliz, y más cuando se acuerde de la insensibilidad del médico y del vicario? ¡Ah!, estos instantes son muy crueles. Es menester toda la fe y la gracia auxiliante para no confundirse... Él llora... ¡pobre hombre! Yo lo compadezco: es esposo y es padre; tiene razón. Procuraré consolarlo. —Martín... amigo, ven acá.

MARTÍN.—¿Qué mandáis?

TEÓFILO.—¿Cómo hallas a Teodora?

MARTÍN.—Muy mala, señor; su muerte está muy próxima. Nada habla, ni me conoce; su vista está quebrada, el pecho se le ha levantado y la ansia que tiene es terrible... ¡Ay, Teodora mía!, ¿qué haré?...

TEÓFILO.—¿Qué has de hacer, amigo, qué has de hacer? ¿No eres cristiano? ¿No sabes que hay un Dios? ¿No lo conoces? ¿No te acuerdas que es tu padre? ¿No estás seguro en lo mucho que te ama? Pues resignate, amigo, abandónate a su divina y justa providencia como la confianza de uno de tus hijitos cuando corre precipitado y se deja caer entre tus brazos.

Yo también soy padre y soy esposo; mi mujer es el mismo amor y la fidelidad misma, y mis tiernos hijos son pedazos enteros de mi corazón. Si tú supieras por qué causa ando yo por estos lugares que no conozco, si tuvieras noticia de mis tristes aventuras, si pudieras saber el grado de dolor que excitan en mi alma tus contratiempos, acaso te consolarías con tu suerte y me compadecerías más que a ti.

Sí, Martín; mi suerte es más dura que la tuya. Tú verás morir a tu esposa, y tendrás el alivio de que exhale el último suspiro entre tus brazos; llorarás, multiplicarás tus sentimientos; lavarás su cara con tus lágrimas, lágrimas de dolor, pero en alguna manera lágrimas dulces pues se derraman con el objeto amado; en fin, tú quedarás asegurado de su muerte y te volverás a tus hijos. Estos tiernos pimpollos de tu amor serán muy suficientes para reparar una parte de la falta de su madre, y tú en ellos encontrarás algún desahogo.

Ésta es tu situación, ¡oh, triste amigo!, y éstos los consuelos que aún te quedan; pero yo, ¡desgraciado!, yo padezco tormentos más crueles y carezco de todo humano auxilio. Yo ando en pos de la mujer más amable, y no sé de ella; temo sus desgracias y no puedo remediarlas; tengo hijos y no sé en dónde se hallan. Dime ahora si mi situación no es más dolorosa que la tuya.

Pero ¿qué hemos de hacer, Martín, en estos lances? ¿Nos hemos de abatir, hemos de desesperarnos?, ¿hemos de entregarnos con imprudencia a un abandono horrible y criminal? Nada de esto. Levantemos el corazón a Dios en nuestras mayores infelicidades, resignémonos en su alta providencia, y confiemos en que nada dispone que no sea ordenado a nuestro bien. Éstos son los únicos consuelos que tenemos que esperar. Sí, Martín; la religión, la religión es el único escudo que nos presenta la fe en tan desiguales batallas. Quitamos la religión católica del mundo, olvidemos las promesas divinas, abandonemos esta esperanza, y en breve todo infeliz será un suicida. ¿Quién será bastante a sufrir con paciencia las intolerables miserias que nos afligen y rodean? ¿No ves cómo?... Pero anda, humedece los labios a la enferma y avísame del estado en que se halle.

MARTÍN.—Vos decís muy bien, señor; pero yo no

puedo consolarme. Quisiera morir con mi Teodora... Voy a verla...

TEÓFILO.—Yo creo muy bien que en estos duros instantes no te será fácil el consuelo. No son nuestros corazones de bronce. Fuerza es que sientan los sensibles; pero tu fe, tu sencillez y religión te sostendrán para que el sentimiento no exceda los límites de lo justo... ¡Pobre Martín!...

Mas él vuelve llorando y apresurado. —¿Qué tienes?, ¿se agrava más la enferma?

MARTÍN.—Por momentos.

TEÓFILO.—¿Le has hablado?, ¿te conoce?

MARTÍN.—Cuando llegué abrió los ojos, me miró y dijo: “Yo me muero, Martín, cuida tus hijos”. Entonces le tomé una mano, la llevé a mi boca y la humedecí con mis lágrimas. Ella lo advirtió y me dijo: “No llores, amigo, ¿pues qué no sabes que es fuerza morir alguna vez?; esta vez se ha llegado, y yo estoy contenta esperando ir a descansar eternamente”.

Cuando esto dijo se volvió a privar, y a pocos instantes abrió los ojos restablecida del síncope y exclamó: “Sí, mi Dios, yo perdono a los que son causa de mi muerte, porque tú me mandas perdonarlos. Recibe mi alma y cuida de mi Martín y mis hijos”.

Diciendo esto le repitió el síncope y el hipo no la deja sosegar. Entremos a verla.

TEÓFILO.—Sí, Martín, vamos a ser testigos de una muerte feliz, pues según lo que dices, tu esposa es una joven de virtud.

MARTÍN.—¡Ah, señor!, mi Teodora es una santa. Los murmuradores de los pueblos no tienen más pero qué ponerle que su virtud, y así la conocen por el sobrenombre de la Beata.

TEÓFILO.—Feliz quien justamente se hace merecedor de semejante sobrenombre. Entremos...

En efecto, está muy mala. Su última hora se acerca por instantes.

MARTÍN.—Lo más que siento es que no se haya confesado; bien que anteayer comulgó como lo hace todos los días de fiesta.

TEÓFILO.—No te aflijas, que yo creo que no lo necesita. La resignación con que está, la tranquilidad con que espera la muerte manifiesta el buen estado de su espíritu. Sólo el justo no se aterroriza en este trance. La gracia y la serenidad de su conciencia pintan en su cara una alegría nada común a las almas a quienes sus crímenes espantan. ¿No tienes alguna imagen de Cristo crucificado que sepas tenga algunas indulgencias concedidas para esta hora?

MARTÍN.—Sí, tengo una romana que tiene indulgencia plenaria.

TEÓFILO.—Pues tráela, que ya es hora: ya agoniza...

MARTÍN.—Aquí está.

TEÓFILO.—Ponla en sus manos y dime: ¿es cierto o me parece que está grávida?

MARTÍN.—No os entiendo.

TEÓFILO.—Que está en cinta o embarazada, como suelen decir.

MARTÍN.—Sí, señor, y de cinco meses ha...

TEÓFILO.—Ésta es nueva aflicción; pero Dios nos ayudará en todo. Sostenle la cabeza, y reza conmigo el credo...

MARTÍN.—¡Ay de mi Teodora!, ya expiró.

TEÓFILO.—Sí, amigo, ya comenzó a vivir eternamente. No te aflijas mucho. Su suerte ya es feliz para siempre... Mas ¿qué es esto? Tus hijos han despertado y se han entrado hasta la cama...

—¡Qué escena tan triste y dolorosa! Martín no despega su cara de la difunta y sus tiernos hijos se echan llorando sobre el cadáver. ¿Quién podrá reprimir los sentimientos naturales, ni cómo podremos imponer moderación en estos lances? Todo es aquí tristeza, gritos, lamentos y suspiros.

Pero es preciso acudir a lo importante. —Martín, ya tu esposa murió; ya esto no tiene remedio; pero el hijo que encierra en su vientre nos llama en su favor. Es necesario tratar, antes que muera, de administrarle el sacramento del bautismo.

MARTÍN.—¡Ay, señor!, ¿y cómo podremos hacer eso?

TEÓFILO.—Muy bien; haz que estos niños se retiren a un cuarto separado lo más pronto que se pueda y ven acá.

MARTÍN.—Vamos, hijos... Ya están encerrados.

TEÓFILO.—Prevén una poca de agua clara.

MARTÍN.—Voy a traerla...

TEÓFILO.—Yo solo entretanto haré la operación para que Martín no tenga esto más que sentir... Por fortuna, él se ha dilatado el tiempo necesario. Ya está el niño en mis manos y aún vive...

MARTÍN.—Aquí está el agua.

TEÓFILO.—Dámela... Yo te bautizo, etcétera.

MARTÍN.—¡Qué es esto!

TEÓFILO.—Es tu hijo que ya está bautizado. Míralo. Todavía se mueve, aunque poco tardará en expirar.

MARTÍN.—Pero, señor, ¿cómo hicisteis esto?

TEÓFILO.—Muy breve, y esta fácil operación, que se llama cesárea,²⁷ deberían todos saberla ejecutar por las utilidades que trae en estos casos... Pero tus hijos lloran mucho y hacen muchos esfuerzos para entrar. Ábreles, dales este consuelo a los inocentes...

—Ya este malogrado infante murió. Lo envolveré en este paño y lo pondré junto al cadáver de su madre... Las criaturas entran y el triste espectáculo se representa

de nuevo con doble amargura. Fuerza es dejarlos que se desahoguen.

¡Oh, muerte!, ¡qué terrible es tu imagen y qué triste el recuerdo de tu infalible venida! Toda esta pobre familia está envuelta en la más dolorosa confusión. Martín aprieta contra su pecho la cabeza de su esposa, los niños besan sus manos, abalanzándose al cadáver de su madre. Todos lloran, todos sienten su desventura y manifiestan sus sentimientos en el más alto grado de ternura. Sólo Teodora está inmóvil, sólo ella yace insensible en medio de esta escena de dolor.

Pero ¡ah!, que no es Teodora la insensible, no es ella la que yace en esa pobre cama; es el cadáver de Teodora, la porción material y corruptible de su compuesto, mas Teodora no existe. Su espíritu ha recogido el premio debido a sus méritos y su cuerpo en breve será entregado a los gusanos. ¿Y es posible que el mismo fin he de tener yo, han de tener Martín, sus hijos, los nietos de éstos y todas las generaciones venideras? ¡Oh, qué verdades tan tristes pero qué ciertas!

Son las tres, no puede tardar mucho en venir el día; consolemos al pobre Martín y hagamos se disponga a sepultar los restos de su esposa. —Martín..., amigo, ven acá. Justo es que sientas a la mitad de tu alma; pero también es justo que te conformes con los decretos de la divina Providencia.

MARTÍN.—¡Ah, señor!, he perdido a mi Teodora. ¿Quién me consolará?, ¿quién suplirá su falta?, ¿quién cuidará de mis hijos? ¡Infelice de mí!

TEÓFILO.—Eso es desconsolarse hasta el extremo. ¿Dices que has perdido a tu Teodora? ¡Qué engaño! No la has perdido, amigo mío, antes la has asegurado para siempre. Supuesta su virtud, y contando con la piedad del Señor, ella descansa en su seno; ella ahora mismo está embriagada en unas delicias perdurables, y ella, en fin, es ya moradora de los cielos.

Tú dices que la amabas y yo lo creo; pero si la amabas, ¿por qué sientes su felicidad? ¿Porque era buena? Por eso mismo debes alegrarte de que haya logrado tanta dicha, antes que desmerecerla contaminándose con el vicio. ¿Porque murió joven? Eso debe consolar-te al reflexionar que los años que dejó de vivir, los dejó también de padecer en este mundo ingrato y miserable. ¿La sientes por la azarosa causa de su muerte? Es justo; pero consuélete la memoria de su virtud, y sábetete que Dios ha dicho “que la muerte de los justos es preciosa ante sus ojos,²⁸ y que aunque sean sorprendidos por un fin imprevisto, gozarán no obstante de un corazón eterno”.²⁹ Últimamente, si la sientes por la falta que debe hacer a ti y a tus hijos, yo te concederé que es muy debido tal sentimiento, como tú me concedas que quien la crio cuidará seguramente de vosotros mejor que ella,

con tal que confíes en su bondad inacabable. Esto todo es así; tú lo conoces, conque haz lugar en tu corazón a estas verdades y verás cómo se mitiga tu dolor.

Entretanto, acude ahora a lo más importante. ¿Qué has pensado acerca de darle sepultura a este cadáver, pues la gangrena es terrible y lo corrompe cada momento más y más?

MARTÍN.—¿Qué he de pensar, señor? No tengo un real, y es menester mucho para conducir el cadáver al pueblo y para pagar los derechos...

TEÓFILO.—No te aflijas. Toma este reloj que es de oro y véndelo en el pueblo en lo que puedas, que bien tendrás para salir de esta aflicción; y para que no te dilates, ensilla mi caballo y vete; yo te espero; mas mira que no tardes, pues me importa continuar mi camino.

MARTÍN.—Señor, vos sois mi padre y mi ángel tutelar, vos sois el único mortal compasivo y...

TEÓFILO.—Basta, Martín; anda pronto, que ya no tarda mucho en venir el día, y el tiempo nos hace falta.

MARTÍN.—Pues, señor, si mi prontitud os agrada, ya vuelvo.

TEÓFILO.—¡Válgame Dios, qué alegre va el pobre de Martín con el reloj, y qué placer tan dulce se siente al hacer un beneficio! ¡Bien hayan los ricos que se dedican a favorecer a los miserables!, ¡bendito sea su dinero cuando se emplea en aliviar las desgracias de los hombres!

Aún tarda mucho más de lo que quiero en venir la luz del día para alegrar el mundo; las tinieblas de la noche aumentan el horror y la tristeza de esta lúgubre escena; los pobres chiquillos se han quedado dormidos sobre el cadáver de su madre, cuyos miasmas corrompidos ya son intolerables al olfato, y si permanecen así están en evidente riesgo de contagiarse. Los quitaré; sí, su sueño es profundo; los pondré por este otro lado, y cargaré sobre mí al más pequeño.

¡Pobrecito!, él suspira en medio de su sueño. Parece que conoce toda la falta que le ha de hacer su madre. ¡Triste recuerdo! ¿Qué será de mis hijos?, ¿dónde estarán?, ¿si los amaré la persona que haya quedado con el encargo de su cuidado? ¡Ay, amable Dorotea! ¿Qué hiciste?, ¿dónde estarás?, ¿por qué me amaste tanto que te expusiste a perderte y abandonaste los frutos de tu vientre por buscarme?

Mas ¿qué habrá sido de ti: joven, hermosa, sola, pobre y errante por caminos desconocidos? Tu estado a esta hora debe de ser infeliz. Si a mí, siendo hombre, me han asaltado tantos trabajos y peligros, ¿cómo es posible que tú hayas quedado libre de ellos? ¡Ay, Dorotea!, ¡quién supiera de ti!, ¡quién estuviera en tu compañía al lado de mis hijos! ¡Oh, suerte triste y desgraciada! ¡Oh, Providencia eterna y arreglada! Sostenme para que no me abata hasta el extremo en situación tan lamentable,

pues estos tristes objetos que me rodean parece que me pronostican aún nuevas fatalidades, y que no son sino los más fieles retratos de las desgracias que amenazan a mi mujer y a mis hijos.

NOCHE CUARTA EL CEMENTERIO

Teófilo y un sepulturero

TEÓFILO.—Cumplió Martín, en cuanto pudo, con las leyes de la gratitud. No podía hacer más que haberme sacado al camino. Ya estoy en él. La noche con sus tinieblas ennegrece la tierra, los horizontes se han cerrado y la tempestad se prepara muy aprisa. Aquí se divide el camino en tres veredas, ¿cuál será la que deberé seguir para no perderme segunda vez?

No sé lo que he de hacer; mas es fuerza resolverme. Tomaré esta vereda que es la más ancha. ¡Ay, amable Dorotea, qué de aflicciones me cuestas!, y qué bien sufridas serán por mí como tenga la suerte de encontrarte. ¿Qué será de mis tiernos hijos? ¡Desgraciados! De la noche a la mañana se lloran en la más amarga orfandad. Una atropellada ignorancia me robó en un instante mi reposo, mi mujer y mis hijos. ¿Qué hombre no está sujeto a semejantes desventuras?

Ya el agua cae; los relámpagos, precursores de la terrible tempestad, se multiplican con espanto, y la oscuridad de la noche me impide ver en dónde estoy. Yo

me he perdido sin duda alguna; pero pues me hallo a la boca de esta pequeña gruta, me guareceré en ella, a pesar del horror que me impone. Tal vez pasará pronto el aguacero, y con más luz acaso encontraré el camino que deseo... La boca de la gruta es muy estrecha, apenas cabe un solo hombre. Me aparearé y tendré mi caballo del ronزال...

¡El cielo me valga! Aturdido me ha dejado el rayo que acaba de dispararse de las nubes. Sin duda que ha caído no muy lejos de mí... Pero ¿qué es esto?, el estallido espantó a mi caballo y ha huido quitándome el cabestro de la mano. Ahora es peor mi situación. Solo, perdido y a pie, veo mucho más distante el logro de mis inocentes designios.

No parece sino que de cuatro noches acá se han conjurado contra mí no solamente los hombres, sino hasta los mismos elementos. Sí, yo soy el más desventurado de los mortales. ¿Qué culpa tan grave he cometido que he atraído sobre mí la maldición del cielo? La calumnia y la afrenta me persiguen, mis intereses se pierden; mi esposa huye de mí cuando parece que me busca, mis hijos se alejan de mi vista; el criado se mata y se condena delante de mis ojos; muere una mujer a quien quise prestar algún alivio; jamás hallo el camino que deseo; el caballo me deja; la tranquilidad me falta; mi esperanza desfallece, y por todas partes me rodea la sombra de la muerte.

¿Qué haré, infeliz de mí, qué haré en tan triste y deplorable estado? Los hombres me afligen y abandonan, y los cielos se empeñan en mi ruina... Pero ¿qué es lo que digo? ¿Yo soy Teófilo?, ¿yo me glorío de ser cristiano?, ¿y yo soy el que a otros he dictado los consuelos de la religión católica para remedio de sus aficciones? ¿Pues cómo exagero las mías hasta el extremo? ¿Cómo profiero unas quejas tan agrias contra el cielo? ¡Ah!, yo me he olvidado de quién soy, y he querido arrojar lejos de mí el único apoyo con que he contado siempre en medio de mis amarguras; pero ya me avergüenzo y arrepiento de mi ligereza criminal. Cubre, oh, noche, con tu negro manto este descuido y esconde de mí mismo entre tus sombras mi cobarde abatimiento, y entonces alzaré los ojos y buscaré la firme religión que me sostiene.

¿Quién soy?, ¿quién es el hombre para no padecer en esta vida?, y ¿qué es la vida sino un camino forzoso y sembrado de espinas por el que tiene que pasar todo el que vive? Pues si es forzoso, si nadie puede eximirse de sufrir, prudencia es resignarse en los trabajos.

“Nacemos de mujer —dice Job— para vivir poco tiempo, y éste lleno de miserias”.³⁰ ¿Y quién fue Job que estampó esta amarga verdad? ¡Ah!, fue un hombre a quien el mismo Dios calificó por el más justo de su tiempo, y fue a quien probó con las mayores calami-

dades y desdichas. Él perdió sus haberes, sus hijos, su salud y su opinión. La mujer que le quedó lo iba a insultar,³¹ y sus pocos amigos tan sólo iban a mofarlo en sus desdichas y a aumentar el sentimiento de sus pesares; y su resignación en ellos fue el modelo de la más cristiana conformidad. A todas horas bendecía el nombre del Señor, adoraba sus decretos en el silencio y obedecía su voluntad en medio del dolor y la amargura.

Pues si esto sufrió, si estas saludables lecciones me enseñó aquel justo, ¿qué deberé hacer yo, que acaso soy el más delincuente ante el más recto tribunal? ¿Qué deberé sufrir, y con cuánta razón no debo conformarme con los sabios decretos de la Providencia?

Bien conozco, decía yo antenoche al infeliz Rodrigo, que Dios nos ama; que nada decreta ni dispone sino con dirección a nuestro bien; que mil veces permite y no quiere el mal que nos aflige, ¿pues por qué no hago estas reflexiones sobre mí?, ¿por qué no aprovecho estas máximas saludables?

Estoy asegurado por la fe, por esta infusión divina de la gracia, de que Dios o decreta o permite las tribulaciones que padecemos, unas veces para nuestra corrección y otras para nuestro mayor mérito y provecho. Pues bien; si los trabajos que padezco son en castigo de mis culpas, debo sufrirlos gustoso, ya porque los merezco, y ya porque quien me castiga es mi Padre y me

prueba su amor al corregirme; y si me los envía para acrisolarme, ¿qué mayor dicha que poder convertir la escoria en oro, y el mismo veneno en medicina? Así es que yo debo, de cualquier modo, sufrir estas infelicidades con paciencia.

A más de que la vida del hombre es una guerra continuada, y para salir victorioso de la guerra es muy preciso el esfuerzo en el soldado. Es verdad que no siempre está en nuestra mano el conseguir este esfuerzo. Nuestra naturaleza es muy débil y nuestro corazón muy pequeño; poco peso nos rinde, cualquier violencia nos avasalla y abate; pero sí está en nuestra mano el suplicar al cielo que nos imparta este esfuerzo y que avalore nuestro espíritu desmayado. Así lo debo hacer. Los trabajos que paso no son comunes, mis penas ya me son insufribles, y mi alma desfallece a cada paso.

Sin embargo, yo quiero resistir a la violencia de mis pasiones, quiero conformarme con los soberanos decretos, y deseo para esto ser superior a mí mismo. Pues si esto deseo, si esto quiero como justo y razonable, y no me hallo con fuerzas suficientes, tú, santo cielo, anímame, fortaléceme y haz que me sean fructuosas mis desgracias.

Mas ya el aguacero ha pasado y la pálida luna envía alguna pequeña luz por entre las delgadas nubes que la cubren. Subiré por la falda de este cerro por si descubro

algún camino real o alguna choza que me proporcione un pasajero descanso en esta amarga noche...

En efecto; hacia aquella parte se oyen ladridos de perros, y al opuesto lado se ve una opaca luz que sin duda será de alguna hacienda. Yo he de bajar...

Así es, no me he engañado. Donde ladran los perros es un pueblo. ¡Qué claras llegan aquí las voces de sus vecinos!, pero este río me embaraza pasar en él la noche. Lo más acertado será ir a la casa donde se ve la luz. Voy...

Pero ¿qué es esto? Un gran edificio es el que toco, mas no conozco su estructura. La triste luz alumbraba un retablo de las ánimas; quizá el que vive aquí tendrá esta santa devoción. He llegado, por fin, a la puerta. Ya está vieja, y por entre sus rendijas no se ve cosa que aliente mi esperanza. Totalmente ignoro qué es lo que puedan contener estas paredes. No obstante, tocaré... Nadie responde. Un profundo silencio reina en cuantos habitan esta casa. Quizá duermen. Golpearé con esta piedra... Mas ¡qué asombro!, a mi impulso se han abierto las puertas. ¡Gran descuido!

Tengo que entrar para averiguar por mí mismo qué lugar es este que me infunde horror y respeto... Yo entro..., pero ¡ay!, he tropezado con una calavera. No se encuentran por aquí sino los miserables restos de nuestra corruptible humanidad.

¡Válgame Dios!, éste es un panteón o cementerio. La plegaria de las ánimas que tocan en el pueblo se oye aquí clara y distintamente. Todo me recuerda la frágil existencia de los hombres. ¡Memorias tristes!

¡Qué momentáneos son los días de nuestra vida! La dilatada carrera de los años pasa en un soplo y las generaciones se precipitan al sepulcro. Mis padres ya no existen; una multitud de amigos que trataba ha desaparecido de mi vista como las imágenes del sueño. Forzoso es ofrecer mis votos a sus manes. El tiempo, la hora, el lugar me convidan a pagar este ligero tributo a su memoria...

¡Oh, lugar pavoroso y terrible!... ¿Entraré más adentro?, ¿y por qué no?, ¿por ventura algún día no he de ser morador de estos recintos opacos? Yo entro... Mas ¡oh, qué horror sobrecoge mi espíritu en este santo lugar de la quietud! El pelo se me eriza... El rumor de las hojas de los funestos cipreses me aturde y desanima; mis pasos vacilantes sobre la floja tierra de los sepulcros parece van a hundir en la huesa mi máquina desfallecida... Parece que miro levantarse de sus reposos los venerables cuerpos de los muertos que aquí yacen, y que moviéndose alrededor de mí, me reprenden la ligereza de haber profanado el lugar destinado a sus cenizas... Un humor frío discurre por las venas, y la barba no está fija debajo de mis labios... Yo me vuelvo.

Pero ¿qué me sorprende?, ¿qué añade nuevo miedo a mi pavor? ¿Es acaso el canto triste de la melancólica lechuza o el clamor de las campanas, que con su plegaria me traen a la memoria la espantosa pero cierta idea de los espíritus de mis hermanos, que, separados de esta masa corruptible, exigen mis oraciones y mementos para cooperar a la satisfacción de sus defectos?

Si esto es así, lejos de amedrentarme, debe reanimar mi alma debilitada por las primeras impresiones del horror y la preocupación, para entrar en este santo lugar como al asilo de la paz, y como a la casa de mis mejores amigos...

En efecto, yo afirmo mi pie débil, me sostengo, me esfuerzo y me siento junto de este sombrío ciprés a vencer la repugnancia que tengo de estar en este triste lugar, considerando que me es ocioso desentenderme de la muerte ni temerla, cuando ella va dentro de mí y me acompaña a todas partes.

Sí, aquí pasaré la noche y haré sufragios por las almas de los que yacen en estas bóvedas lúgubres, acordándome que en las Sagradas Letras se lee que “es santo y saludable orar por los difuntos para que sean absueltos de sus culpas”,³² y de que Judas Macabeo, penetrado de esta verdad, envió a Jerusalén doce mil dracmas de plata para que se ofreciesen sacrificios por los pecados de los muertos.

Pero ¿qué es esto?, ¿qué ruido escucho hacia mi derecha?... ¡Ah, qué susto! La pared de aquel sepulcro se abre por sí sola, y a merced de los opacos rayos de la luna veo salir de su oscuro centro un cadáver... ¿Si me engañaré?, ¿si será ésta una ilusión de mi triste y desordenada fantasía? ¡Ah, no! Yo estoy en mí perfectamente. El bulto se dirige hacia mí con precipitación. Quisiera huir; pero mis coyunturas están laxas. El terror y el espanto sobrecogen mi corazón. El bulto se detiene a mi presencia.

Mas ¿qué es esto? Un hombre vivo es el que yo juzgaba cadáver. Ya respiro. Ha sacado tabaco de la bolsa y lo enciende con el pedernal y la yesca. El pobre no me ha visto ni puede saber si estoy en este sitio. Es regular que al verme de repente se sorprenda, creyéndome difunto, y puede ser su susto de manera que no baste su vida a resistirlo. Le hablaré... —Amigo...

SEPULTURERO.—¿Quién es?... ¡Ay!

TEÓFILO.—Yo, no temas. No soy ningún cadáver. Soy un pobre caminante perdido que me he entrado aquí para pasar la noche. Acércate.

SEPULTURERO.—¿Pues cómo...?, ¿quién...?, ¿por dónde...?

TEÓFILO.—Vaya; depón tu turbación, amigo; reconóceme.

SEPULTURERO.—¿No sois muerto, fantasma o cosa mala?

TEÓFILO.—No, amigo; harto malo soy, mas aún respiro el aire de los vivos. Ya te he dicho del modo que entré aquí. Dime tú ahora quién eres y qué haces a estas horas en este espantoso lugar.

SEPULTURERO.—Señor, yo me llamo Alfonso, soy el sepulturero que cuida este cementerio, y vine esta noche a cierta diligencia que no puedo hacerla por el día.

TEÓFILO.—Cierto que me asustó tu presencia demasiado.

SEPULTURERO.—Y a mí la vuestra, pues aunque estoy acostumbrado a manosear los muertos, no estoy hecho a que ninguno me hable.

TEÓFILO.—Bien; pero ¿qué tan precisa es la diligencia a que viniste?

SEPULTURERO.—Yo os lo dijera; pero tengo miedo de que mañana lo contéis por el pueblo, en cuyo caso el menor mal que se me seguirá será el perder mi acomodo para siempre.

TEÓFILO.—No temas que yo jamás descubra lo que tú me fies en secreto, y mucho menos cuando me adviertes que de la infracción del sigilo puede seguirsete algún daño. No permita el cielo que por mi causa se le origine mal a ningún hombre.

SEPULTURERO.—Según eso, vos sois hombre de bien y sabéis lo que es un secreto y a cuánto obliga.

TEÓFILO.—Sí, lo sé, y en prueba de que lo sé, ya no exijo que me refieras el motivo de tu venida al cementerio. Basta que tú lo sepas sea cual fuere. No quiero que me reveles tu secreto. Guárdalo en tu pecho, para que así me trates sin la sospecha de que te llegue a descubrir.

SEPULTURERO.—¡Oh!, yo conozco muy bien con eso que decís que jamás descubriréis lo que se os confíe. ¡Grande cosa es saber guardar un secreto! Ahora sí me quiero fiar de vos. Sabed...

TEÓFILO.—Te he dicho que no quiero saber nada, ni me importa el indagar las intenciones que te han traído aquí. Sólo te suplico que, por caridad, si no tienes cosa que lo impida, me hospedes en tu casa por esta noche.

SEPULTURERO.—Lo haré de buena gana; pero os suplico yo también que me ayudéis a lo que vengo a hacer. Ello es cosa fácil y en un instante acabaremos la obra.

TEÓFILO.—Bien; ya puedes disponer de mi persona y decirme en qué puedo serte útil.

SEPULTURERO.—Pues habéis de saber, señor, que esta mañana sepulté una muerta que tiene buena ropa; luego que la vi, le eché el ojo, como lo tengo de costumbre, porque a la verdad lo necesito; y para desnudarla me vine aquí esta noche; pero apenas había cava-

do la sepultura, cuando comenzó a llover como habéis visto. Entonces arrimé aquí junto de vos mi pala y mi azadón, y me metí dentro de aquella bóveda de donde me visteis salir, para resguardarme del agua; pero por mis pecados me quedé dormido, y ya pienso que no tardará en amanecer; y no sólo siento el tiempo que he perdido, sino que ya había sacado alguna tierra, y es regular que haya calado el agua y haya empapado la ropa de la muerta, y si no se saca pronto y se lava, se podrá y se perderá todo el trabajo. Por eso os ruego que me ayudéis un rato, y yo os prometo que os llevaré a descansar a mi casa de buena gana. Sólo quiero que me alumbréis mientras trabajo. Aquí traigo una vela de cera para el efecto.

TEÓFILO.—Alfonso, yo estimo la sencilla revelación de tu secreto y te doy las debidas gracias por el hospedaje que me ofreces; pero no quisiera que insistieras en llevar al cabo tu intención.

SEPULTURERO.—No tengáis miedo, nada nos ha de suceder; es cosa de un momento.

TEÓFILO.—No tengo miedo; pero no quisiera que cometieras tal atentado, pues lo es el exhumar un cadáver para desnudarlo. Los cuerpos muertos no pueden hacernos ningún mal; mas exigen nuestro respeto para que no los profanemos, porque ignoramos la suerte que habrá cabido a sus espíritus.

SEPULTURERO.—Yo no entiendo de eso, ni lo hago por hacer mal a los muertos, sino por socorrer la mucha miseria de mi familia. ¿Pensáis, señor, que si mi estado fuera menos miserable había yo de ocuparme en un oficio tan sucio y espantoso? ¿Os parece un trabajo muy fácil y llevadero tratar todo el día con cadáveres, lodo, podre, gusanos y hediondez?

TEÓFILO.—En verdad, conozco que sólo una necesidad muy estrecha puede reducir a ejercitarse en un trabajo tan asqueroso y repugnante; pero ya que te has sujetado a él, debes cumplir en todo con tus obligaciones, absteniéndote de cuanto no te es lícito y contentándote con tu salario, que a fe que no será tan escaso que deje de proporcionar tu subsistencia.

SEPULTURERO.—A fe que sí: es escaso y muy escaso. Apenas alcanzo para mal comer, y por eso me ayudo de este modo. A la hora de ésta mi mujer y una hija que tengo están durmiendo en un jergón, y tapadas las dos con un petate, y están tan desnudas que no pueden ponerse delante de las gentes. ¿Qué os parece?

TEÓFILO.—Tu miseria oprime mi corazón. Quisiera estar en lugar y ocasión de socorrerte.

SEPULTURERO.—Pues ya veis cómo tengo razón de desnudar a los muertos que me caen trataditos,³³ que en estos tiempos son muy raros. Los más vienen con la mortaja pegada al hueso; antes esta muerta de hoy ha

sido una fortuna. Gracias a que es forastera y nadie la conoce por aquí; con esto no hubo quien le comprara mortaja, y fue preciso que la enterraran con su ropa, que no está mala; pero si al cabo se la ha de podrir la tierra, mejor será que sirva a mi familia.

TEÓFILO.—Tu necesidad extrema y tu sencillez acaso podrán disculpar tu atrevimiento. ¿Conque esa muerta es forastera y nadie la conoce en este pueblo?

SEPULTURERO.—No, señor, nadie la conoce.

TEÓFILO.—¿Pues cómo está decente y murió tan pobre que no tuvo para mortaja?

SEPULTURERO.—Porque no murió en su tierra ni en su cama.

TEÓFILO.—¿Pues cómo?

SEPULTURERO.—Unos ladrones la mataron por robarla; aunque no lo pudieron conseguir.

TEÓFILO.—¡Pobrecita! ¿Y dónde?

SEPULTURERO.—En el camino real, en esta misma madrugada.

TEÓFILO.—¿Es posible?

SEPULTURERO.—Sí, señor.

TEÓFILO.—¿Y sería ya mujer vieja, no es esto?

SEPULTURERO.—Nada menos; era una moza como de veinte años, y buena moza.

TEÓFILO.—¿Qué desgracia! Ya deseo conocerla.

SEPULTURERO.—¿Qué os interesa?

TEÓFILO.—¡Ay, Alfonso!, siento dentro de mí un no sé qué, que me está impeliendo a conocer a esa desventurada joven. ¿Y cuál era su traje?

SEPULTURERO.—Un túnico de indianilla morada, zapatos blancos de seda, un pañuelo bordado y...

TEÓFILO.—Basta, amigo, basta. Esas señas convienen mucho a la mujer que más amo... Anda, ven, escarbemos, date prisa...

SEPULTURERO.—¿Cómo es esto?, ¿tan pronto habéis variado de pensamiento? No ha un credo que me reprendisteis mi determinación de desnudarla, ¿y ahora vos mismo me dais prisa a desenterrarla?

TEÓFILO.—Sí, Alfonso, sí. Estoy ansioso por conocer esa hermosura desgraciada.

SEPULTURERO.—¿Qué os importa?

TEÓFILO.—Mucho, mucho. Anda, vamos. Encenderé la vela.

SEPULTURERO.—Yo escucho a este hombre con espanto. Él se ha asustado y apenas articula las palabras...

TEÓFILO.—Ya está aquí la luz. Anda, amigo; vamos, toma el azadón; date prisa.

SEPULTURERO.—Vuestro empeño me confunde. ¿Sois vos acaso su asesino?, ¿la matasteis por celos?...

TEÓFILO.—¡Ay de mí! Soy su asesino..., no sé..., porque yo... el corazón no me cabe en el pecho... Dime, ¿quién la mató?, ¿cómo se llama?, ¿de dónde es?

SEPULTURERO.—Basta, señor; nada sé yo de cuanto preguntáis.

TEÓFILO.—¿Se confesó o murió en el instante?

SEPULTURERO.—No, señor; sobrevivió tres horas, y murió muy cristianamente. A todos enterneció su muerte, y al señor cura...

TEÓFILO.—Cava, cava; date prisa, anda...

SEPULTURERO.—Pero ¿por qué me apresuráis con tanto extremo?

TEÓFILO.—Porque deseo apurar de una vez toda mi pena, si es lo que yo presumo... Acaso no será; mas tantas señas juntas, ¿a quién podrán convenir sino a mi esposa?...

SEPULTURERO.—Pues qué, ¿es vuestra esposa?

TEÓFILO.—No sé. Cava aprisa, Alfonso, por tu vida.

SEPULTURERO.—Ella sí, desde luego, era casada. ¡Pobrecita!

TEÓFILO.—¿De qué lo inferes?

SEPULTURERO.—De que antes de morir, sólo decía de cuando en cuando: “¡Ay esposo! ¡Ay, dulces hijos míos! ¿En dónde estáis?...”.

TEÓFILO.—Calla, Alfonso. Deja, deja el azadón, instrumento fatal de mi martirio. Cubre ese amable cuerpo con la tierra; no profanemos el sagrado del sepulcro. Vámonos.

SEPULTURERO.—¿Ya no escarbo?

TEÓFILO.—Sí, anda; date prisa... Muera yo de una vez abrazado del cadáver de esa mujer amable.

SEPULTURERO.—Estáis trémulo y descolorido. Las lágrimas os corren hilo a hilo. ¿Qué he de hacer?

TEÓFILO.—Vámonos.

SEPULTURERO.—Vámonos; pero ya está el cadáver descubierto. Dadme vuestro pañuelo, le limpiaré la cara... ¡Ah!, pero no, vámonos, habéis dicho.

TEÓFILO.—No, amigo; toma, toma el pañuelo. Saca el cadáver.

SEPULTURERO.—¿Qué pretendéis hacer?

TEÓFILO.—Sólo verlo. ¡Oh, si fuera tanta mi ventura que no fuera de mi querida Dorotea!

SEPULTURERO.—Ya tengo la muerta en mis brazos...

TEÓFILO.—¡Qué miro! ¡Ay, triste!, ella es... ¡Válgame el cielo!...

Era sensible Teófilo, y no pudiendo resistir, cayó al suelo rendido a tan funesto golpe.

El sencillo Alfonso no se preocupó; antes con la mayor violencia volvió a sepultar el cadáver, y cargó con el triste Teófilo, al que condujo a su casa poco antes que amaneciera.

Pero cuando creyó hallar a su pobre e inocente familia sepultada en el sueño más tranquilo, encontró a su mujer e hijas muy afanadas en hacer chocolate para

unos señores que se habían hospedado en su casa la noche anterior, y estaban ya para continuar su caminata para México.

Alfonso, apenas se informó de esta ocurrencia, cuando sin perder momento corrió a echar sobre su pobre jergón al miserable enfermo, que aún no volvía de su desmayo.

Entre el sepulturero y su mujer trataban de volver en sí al desgraciado Teófilo, mientras las hijas se ocupaban en dar el desayuno a los pasajeros.

Alfonso se afligía demasiado porque los auxilios que ministraba al desmayado eran muy mezquinos e inútiles para restituirlo a sus sentidos. Las buenas hijas del sepulturero, que habían notado el caritativo e infructuoso empeño de sus padres, lo participaron a una señorita que viajaba, la cual, penetrada de la natural compasión que inspiran estas desgracias a las almas sensibles, apenas se impuso del motivo de la aflicción de sus hospedadores, cuando sacó de su boticoncillo un pomito con espíritus de cuerno de ciervo,³⁴ y salió con él apresurada para socorrer al aventurero enfermo.

Pero ¿cuál fue la sorpresa del sepulturero y su familia luego que vieron que apenas llegó la señorita a la cama y reconoció al enfermo, cuando prorrumpiendo en un lastimoso ¡ay! se arrojó sobre él y quedó sin vida al parecer?

A su grito salió precipitadamente de la pieza inmediata un anciano eclesiástico, que manifestaba estar bastante enfermo, según la dificultad con que andaba, aun apoyado en los brazos de un criado que lo conducía.

Este padre clérigo, luego que vio aquel triste espectáculo, mostró su sentimiento con las lágrimas de sus ojos; pero en medio de su consternación, acudió a socorrer a los pacientes, haciéndoles inspirar los espíritus, con cuyo auxilio volvió en sí la señora, y a pocos minutos el desmayado Teófilo, quien, luego que se vio en los brazos de aquella dama quiso huir; mas ella no lo consintió, pues abalanzándose a su cuello y empapándole la cara con sus lágrimas, le decía:

—¿Es posible, querido Teófilo, que apenas logro la inesperada dicha de encontrarte cuando quieres desasirme de mis brazos? ¿Qué es esto?, ¿no me conoces? Tu esposa soy, tu fiel y amante Dorotea; la que por buscarte abandonó su quietud, su casa y sus hijos...

Aquí Teófilo la interrumpió, estrechándola con su pecho y diciéndole:

—Discúlpame, querida Dorotea; ya te conozco, sé quién eres y quién has sido para conmigo. Tú eres la mitad de mi alma; pero yo vi exhumar una semejanza tuya muy poco hace, te juzgué difunta con la mayor evidencia, y este temor me dictaba huir de tus brazos.

Mas ahora que te toco y te tengo en los míos, me doy los plácemes por mi equivocación y por haber tenido la ventura de encontrarte cuando había perdido del todo hasta las más remotas esperanzas. Pero dime, ¿cómo es esto?, ¿con quién vienes?, ¿adónde vas?, ¿y por qué razón te hallo en esta casilla miserable?

A esto satisfizo Dorotea diciendo cómo aquel buen eclesiástico la había hospedado en su hacienda el día anterior, y advirtiéndole que apenas comía y que no cesaba de humedecer con sus lágrimas el escaso alimento que tomaba, la instó mucho le contara el motivo de su viaje desprevenido y de su continua tristeza, ofreciéndole remediarla en cuanto pudiera; que ella le refirió en breve sus desventuras, y él con mayor interés comenzó a informarse de quién era, cómo se llamaba, cuál era su patria, quiénes sus padres y de otras mil menudencias, por todas las cuales vino en conocimiento de que Dorotea era su sobrina, y entonces, levantándose de la mesa la abrazó con la mayor ternura y le ofreció su protección; y que debiendo partir en la tarde del día mismo para la capital, adonde pensaba restablecer su salud, despachó varios correos exploradores por los caminos con la filiación de Teófilo para que lo conocieran y condujeran a México; y ellos inmediatamente salieron, y habiéndoles anochecido cerca de aquel pueblo, descansaron en él en la primera casucha, que era del

sepulturero Alfonso, quien le había completado su ventura llevándole a su querido Teófilo.

Aquí calló Dorotea, y tomando el eclesiástico la palabra dijo:

—Es verdad, hija mía, que tu mayor ventura ha sido el hallar a tu esposo cuando menos lo esperabas; pero yo, prendado de vuestro cristiano proceder, estimulado de la caridad y el parentesco, y ya a las orillas del sepulcro, quiero añadir algo que falta a vuestra felicidad temporal haciéndoos, como os hago desde ahora, únicos herederos de todos mis bienes, y contentándome sólo con vivir en vuestra amable compañía los pocos días que tengo de existir en este mundo.

Un rasgo tan noble de generosidad no pudo menos que arrancar muchas lágrimas de gratitud a Teófilo y su esposa, quienes la quisieron manifestar arrojándose a los pies de su virtuoso bienhechor; pero éste no lo permitió, antes, levantándolos a sus brazos, les dijo:

—Amados sobrinos, cuando la razón natural no nos dictara lo justo que es hacer bien a nuestros semejantes; cuando la caridad con Dios y con el prójimo no fuera el mayor de los preceptos, y tan recomendado por Jesucristo como que en él consiste todo el cumplimiento de la ley, y por último, cuando el mismo Señor no nos hubiera prometido tantas veces tener misericordia con los misericordiosos y retribuirnos con el

ciento por uno el favor que hagamos a los infelices, bastaría por suficiente premio y recompensa de una acción benéfica la dulce satisfacción que queda en el corazón del hombre sensible en el instante que favorece a un desgraciado. Satisfacción tierna que no conoce sino el que la experimenta por sí mismo, y placer dulce que no goza el avaro miserable que vincula toda su felicidad en el dinero. ¡Bello metal cuando se emplea en socorrer al desgraciado, pero maldito cuando se destina a fomentar el lujo y las pasiones!

”No por esto quiero decir que sólo los ricos pueden ser benéficos. Es menester distinguir que una cosa es ser benéficos y otra es hacer obras grandes y repetidas de beneficencia. Para hacer éstas es menester dinero; para ser benéficos basta tener un corazón sensible y generoso, el que cabe muy bien y cada rato se halla en los pobres. No todo el que hace una acción de beneficencia es benéfico, así como no todo el que hace una obra de virtud es virtuoso. Por el contrario: todo el que desea hacer bien y se compadece del mal de sus semejantes es benéfico, aunque no pueda realizar sus intenciones. El socorro, por corto que sea, y el buen deseo de hacer bien, es grato a Dios y bien recibido entre los hombres.

”Fuera de que hay acciones de beneficencia que se pueden hacer sin dinero. Tales son los buenos consejos, los consuelos espirituales y temporales, la remisión de

las injurias, las oraciones ofrecidas por el infeliz, y últimamente toda obra buena hecha en favor de nuestros semejantes; aunque sea dar un vaso de agua o quitar del paso una cáscara de fruta porque otro no se tropiece y caiga.

”Pero ¿qué tengo que afanarme, queridos sobrinos, para explicaros estas verdades cuando os acaba de dar un testimonio de ellas el triste Alfonso y su miserable familia? Él es un desdichado, un pobre, un humilde sepulturero; y sin embargo, tiene un corazón benéfico. Lo habéis visto, Teófilo. Él os trajo sobre sus hombros desde el cementerio, os dio reposo en su pobre cama, dedicó a vuestro alivio a su familia y ejercitó con vos todos los oficios de la más caritativa hospitalidad. Todo esto lo hizo sin dinero, y así cumplió con los deberes de hombre y de cristiano, y manifestó tener un corazón sensible y bondadoso sin haber gastado un real, porque no lo tiene. La acción que él ha hecho acaso es más generosa que la mía.

”Yo, es cierto que con la voluntaria cesión de mis bienes, os arranco de las garras de la pobreza; pero esto en mi edad y en mi situación acaso es un hecho de obligación y de prudencia. De obligación porque sois mis deudos, y como tales os debo socorrer con preferencia; y Alfonso obró sin esta obligación, sino sólo por efecto de compasión.

”Es también efecto de prudencia porque yo ya estoy viejo y enfermo, y me es de un gran consuelo desprenderme en la vida de aquellos bienes que me ha de quitar la muerte. ¿Y qué mayor gusto puedo tener que ver felicitada una familia virtuosa por mi mano, y distribuidos mis bienes tan dignamente sin necesidad de valerme de albaceas codiciosos y ladrones que no cumplieran mi voluntad y se engrosaran contra mis buenos deseos, con daño de sus almas e irresarcible perjuicio de aquellos a quienes yo quisiera beneficiar en mi muerte?

”No digo esto por vanidad, sino para enseñaros que las mejores caridades o actos benéficos son los que se hacen en vida y a sangre fría; porque a la verdad, yo desconfío mucho de aquellas limosnas que se hacen con el santo cristo en la mano y el camilo a la cabecera. No tengo escrúpulo en pensar que estas limosnas (para rebajar la generalidad) las más de ellas son a fuerza, a más no poder y porque no pueden llevarse su dinero.

”Ello es cosa que debe escandalizar entre cristianos, que ricos sobrados de pesos, sin familia ni herederos forzosos, no den un real en su vida, y a la hora de su muerte se manifiesten tan francos y generosos que repartan sus caudales entre doncellas y viudas.³⁵

”Yo no entiendo cómo el que ha sido un mezquino eterno mientras vive, de repente se vuelva tan liberal en el instante de su muerte. Para desatar este enigma

no tengo más arbitrio que persuadirme a que tales limosnas son violentas a más no poder, instigadas por los confesores, y como unos recursos tontos con que piensan comprar de Dios en la muerte la misericordia que no supieron usar con los pobres en la vida.

”Quizá no será así; pero mi razón, los principios sólidos que tengo de la religión que profeso y la experiencia no me persuaden otra cosa. He conocido muchos ricos avaros y miserables en vida, y franquísimos en su muerte; y he visto algunos testamentos otorgados en favor de los pobres, y habiendo sus otorgantes escapado de aquella enfermedad, los han revocado y les han dado a sus bienes muy distinto destino sin acordarse de los pobres para nada.

”Todo esto prueba que aquella donación primera no nació de la voluntad, sino del miedo.

”Y qué diremos de aquellos que ni en su muerte son liberales con los pobres, sino que, codiciosos adoradores de sus bienes, y egoístas hasta el último instante, sólo piensan en sí mismos y se declaran por herederos en su muerte, mandando que todo su caudal se emplee en el bien de sus almas. ¡Santo Dios, tú sólo sabes cuál es la intención y el fruto de semejantes últimas disposiciones! Pero mientras un ángel no me revele lo contrario, yo siempre creeré que tales disposiciones son nacidas de un corazón avaro y decidido hasta la última hora a

su provecho, y creeré también que las limosnas y actos benéficos que se consagran por Dios a los pobres en la vida son mucho más aceptos a su majestad que los que se verifican en la muerte.

”Últimamente, hijos míos, yo deseo que mi discurso os sea útil así como os ha sido prolijo. Yo deseo que seáis benéficos en cualquier suerte. Dueños sois de cuanto tengo. Compensad a estos pobres que os han favorecido. Dorotea, tú tienes las llaves de mis cofres, dispón a tu arbitrio y socorre con caridad y prudencia a los que han socorrido a tu marido”.

Dorotea, penetrada del discurso que acababa de oír, abrió los baúles y dio cien pesos a Alfonso, quien lleno de ternura le dio infinitas gracias.

Hasta entonces había callado Teófilo; pero al subir al coche abrazó con estrechez a Alfonso y le dijo:

—Amigo mío, jamás olvidaré el favor que te he debido. “Acuérdate siempre de que tras la desgracia viene la dicha. No hagas mal a nadie, haz siempre el bien que puedas, y vive seguro en que la altísima y sabia Providencia vela sobre ti y todo lo dispone a tu bien”.

NOTA. Se hallarán desde el próximo jueves en el puesto de la *Gaceta* a diez reales en papel y a doce en pasta.

DÍA ALEGRE Y DIGNAMENTE APROVECHADO

*Venit post multos una serena dies.*³⁶

Tibulo, “Elegía 6, libro 3”

El cura, Teófilo y Dorotea

CURA.—¡Qué bellos amanecen los días para los que reposan en la tranquilidad de sus conciencias! Después de las amargas noches que habéis pasado, ¿no os parece, queridos, este día brillante, nuevo y del todo apacible a vuestros ojos? ¿No os embelesa la venida de la aurora? Ved cómo se pintan los horizontes con su rojo huminado y cómo toda la naturaleza se alegra al esperar al padre de las luces.³⁷ Disipadas las tinieblas de la noche, el campo se viste del más hermoso verde, y todos los colores vuelan para matizar el alhelí, la anémona, el clavel, la rosa y el jazmín. Los árboles robustos, las tiernas plantas y las pintadas flores extienden sus ramas y abren sus más ocultos cálices para absorber el rocío sutil que se desgaja de la atmósfera. El suave canario, el jilguero dulce, el melodioso ceniztonle, la calandria alegre y el ejército volante de las aves se levantan

tan de sus calientes nidos, sacuden sus vistosos ropajes y entonan con dulcísimos trinos mil himnos de gloria y alabanza al Autor de la naturaleza. El activo labrador unce los bueyes y parte a las sementeras a ganar el pan con el sudor de su rostro; pero un pan bendito y que le produce la madre tierra en premio de los afanes con que la cultiva; por eso él va tan alegre; y engolosinado con esta inocente esperanza, alivia su trabajo cantando rústicas tonadillas.

Pero ya sale el astro luminoso... Ved, hijos míos, con cuánta majestad asciende el sol sobre las cimas de aquellas montañas elevadas. Él parece ahora un inmenso globo de fuego destructor; pero a pocos minutos esconde sus lumbres dentro de sus mismos resplandores, que corren a dorar los montes más lejanos, a fecundizar el interior de la tierra, a subir los jugos nutricios por los tubos capilares de las plantas, a sazonar las frutas en agraz, a vivificar al hombre y al bruto, y a derramar la alegría por toda la mitad de nuestro mundo.

Luego que el augusto monarca de la luz en su carro de fuego se comienza a pasear por las esferas celestiales, la naturaleza renace por instantes en sí misma; todos los seres criados se alegran y se ríen a su presencia; sólo la lechuza sombría y el hombre delincuente esconden sus tímidas cabezas. Aquélla teme que hieran sus hundidas pupilas los rayos resplande-

cientes del sol, y éste que descubran sus escondidos crímenes.

El necio y el impío se levantan de entre los horrores de la noche y disfrutan los placeres del día con la más burda y sacrílega indiferencia. El necio ve el hermoso cuadro de la naturaleza iluminado con los bellos colores de la luz, recibe las influencias del sol, respira la fragancia de las flores, gusta los frutos de la tierra y se inunda en las delicias del día; pero ¡miserable!, nada le admira ni sorprende, porque no percibe ni el aparato ni el mecanismo admirable que brilla en todas las obras del Criador. Él ve con los ojos, oye con los oídos y goza con los sentidos materiales los beneficios de la naturaleza, en compañía del sabio, así como el torpe jumento que bebe agua en el mismo arroyo que el caballo ligero y generoso. Él ve salir el sol y no le admira, ni agradece que el Criador haga saltar sobre los cielos esa lucida antorcha para disipar los horrores de la espantosa noche. Goza el beneficio de su luz como si se le debiera de justicia y como si pagara un criado que le alumbrara con un hacha.

El impío, por más filósofo que sea, y por más que atrevido se detenga a investigar cómo se hace el nutrimento de las plantas, cómo refractan los rayos de la luz para colorar las rosas de este o del otro modo, cómo camina el sol tantas millas por hora y cómo obra la na-

turaleza, a quien quiere, o presume, analizar soberbio y orgulloso, ¿qué hace sino arrastrarse sobre el polvo con la mayor ingratitud? Pues embebecido en la vana contemplación de las criaturas, se anega en los deleites que éstas le proporcionan sin dedicar siquiera cada día un acto de sumisión y de reconocimiento a su Criador.

No así el verdadero sabio, ni el hombre timorato y religioso. Éstos se levantan a la venida del día, admiran la belleza del sol, registran embelesados los primores de la naturaleza y gozan en deliciosa paz sus beneficios; pero como al mismo tiempo no la reconocen una deidad independiente, sino una ministra del supremo Ser, que por su conducto los dispensa, se llenan de gratitud sus corazones, y prosternándose ante el solio de la Majestad, cosiendo la cara con la tierra, elevan su espíritu al Criador y hacen que vuelen a la dorada peana de su trono mil y mil himnos de sumisión, de agradecimiento y de respeto.

¿Para quién, señor, para quién criaste, dicen, este globo de fuego que pende sobre nuestras cabezas, y cuyas benéficas influencias vivifican los seres animados, hacen germinar las plantas, pintan sus flores y sazonan sus frutos? ¿Para quién liquidaste los diáfanos cristales, que se despeñan ruidosamente de las cascadas o corren suaves por los ríos caudalosos? ¿Para quién embalsamas la atmósfera con tantos aromas delicados? ¿Para

quién endulzas las frutas con tan diversos y saludables sabores, y para quién, en fin, derramas tantos beneficios sobre la tierra sino para el hombre, en quien has puesto tus delicias? ¡Ah, Dios grande, Dios liberal, Dios bueno! ¿Quién es el hombre, quiénes somos para que nos colmes de beneficios y para que así nos cuides y engrandezcas? ¿Somos, acaso, más que un poco de polvo animado con tu sopro divino? ¿En el conocimiento de tus perfecciones infinitas, en la soberana posesión de tu divina esencia, no consiste tu majestad y gloria? Antes de que hubiera siglos, ¿necesitaste del hombre, ni de ninguna criatura, átomos desprendidos de tu poder inmenso? No; el infinito estaba lleno de tu gloria, porque estaba lleno de ti mismo. Tú eres mi Dios, confesaba el real profeta,³⁸ tú eres mi Dios, porque no necesitas de mis bienes; en tu misma independencia consiste todo el poder de tu grandeza; porque todo depende del Criador, y no necesita de sus criaturas. Tú sacaste los seres de la nada, sólo para que participaran de tus bondades, y porque el ser comunicable a ellos es efecto necesario de tu esencia. Tú enciendes el firmamento, vistes la tierra de verdor y alegría, y llenas toda la naturaleza de virtud, para utilidad y recreo del hombre, que es tu criatura predilecta.

Pues si tantos beneficios debemos sólo a tu bondad y liberalidad infinita, ¿quién será el ingrato que no los

reconozca y agradezca? Aniquílese, sí, perezca la memoria de tal monstruo; desplómense sobre su cabeza esas bóvedas azules, y la tierra, abierta debajo de sus pies, prepárele en el abismo un sepulcro eterno y espantoso; mientras los ángeles en los cielos, las aves en los aires, los hombres en la tierra, y toda la naturaleza se multiplica en lenguas para entonarte salmos de alabanza.

¿No os parece, queridos hijos míos, que de este modo se explicarán el sabio y el católico verdadero?

TEÓFILO.—Sin duda que de semejante modo se expresarán con Dios todos los que contemplan admirados sus maravillas que resplandecen en las obras de sus manos, y cuantos, llenos de gratitud, reconozcan que no merece el hombre los beneficios que con tanta liberalidad derrama sobre él sin cesar el Ser Supremo.

Apenas se puede creer que haya impíos que se bañen en estos beneficios sin dar gracias a su Criador por ellos, sino que los reciban como si se les debieran de justicia.

CURA.—Es verdad, pero fuera menos creíble, a no verse, que haya vomitado el infierno sobre el haz de la tierra una clase de hombres tan necios, impíos e ingratos, que por no adorar la mano bienhechora de una deidad suprema, le niegan la existencia, atribuyendo a un acaso imaginario la creación y el orden admirable de la naturaleza. Tales son los ateístas.

TEÓFILO.—Para éstos, señor cura, me parece que se debían aumentar, en donde los haya, hospitales de dementes, porque si no mienten como lo creo, si no fingen creer que no hay un Ser Supremo dentro y fuera de la naturaleza, por acallar los terribles gritos de sus conciencias, que ante ellos mismos los acusan y los espantan con la formidable idea de una eternidad de penas que les prepara su desenfrenado libertinaje, y si efectivamente con el entendimiento abrazan lo que aseguran con la boca, a la verdad que no hay locos más ridículos, ni más dignos de compasión.

Ningún efecto se puede concebir sin causa, ningún movimiento sin impulso, ninguna criatura sin Criador. Sólo el ateísta descansa en estas imposibles paradojas.

CURA.—Así es, hijo mío; estos infelices se deben acusar ante la misma naturaleza, y cualquier gusanillo que se arrastra es un sapientísimo doctor bastante para convencerlos de su locura.

Pero aún hay otros peores que éstos, y que agravan más al Dios de las bondades...

TEÓFILO.—¿Peores que los que le niegan la existencia?

CURA.—Sí, peores. ¿Sabes quiénes? Los cristianos irreligiosos. Aquellos que sin ser ateístas, ni profesar ninguna secta extranjera de la Iglesia católica, las pro-

fesan todas, menos la religión de Jesucristo, de que se llaman miembros.

Éstos son unos católicos exteriores, unos creyentes de teatro, y en realidad unos materialistas infelices, cuyos errores tal vez ellos mismos no conocen. Yo no afligiré los piadosos oídos de mi Dorotea con su pintura. Tú bien sabes que hay esta clase de cristianos que te digo, y que me parece que Dios tolera, o para ejercicio de los buenos o para que resplandezcan más sus misericordias en el último día de los siglos.

Vuelvo a decirte, querida Dorotea, que no haré una pintura exacta de estos entes desgraciados por no mortificar tu corazón; pero te enseñaré a distinguir al mal cristiano del relajado e irreligioso. El primero es un pecador, pero un pecador miserable. Él delinque por satisfacer sus pasiones, no por ultrajar a su Criador, a quien teme y respeta en el fondo de su corazón y en medio de su mismo desenfreno. El temblor lo acusa, el estallido del rayo lo sofoca, la noticia de la muerte repentina lo entristece, la presencia del adorable Sacramento del altar lo humilla, el templo augusto lo enternece, la protección de los santos lo anima, y, en dos palabras, su corazón está en un equilibrio entre Dios y el mundo; aunque más inclinado a éste que a Dios... ¡Terrible estado! Si la muerte lo asalta en él, sin darle lugar a una verdadera reconciliación, es de

fe que perderá su alma para siempre; pero en un estado muy ventajoso, en comparación al en que se halla el cristiano impío e irreligioso. A éste nada le falta para hereje, si no es la abjuración material del dogma o de los misterios de la Iglesia. Él vive con el mayor libertinaje sin remordimiento, sin inquietud de su conciencia; se entrega a cuantos vicios quiere, con harta paz de su corazón; ¿pero qué paz?; pésima como la de todos estos pecadores. Ni el movimiento de la tierra ni los truenos del cielo lo intimidan. A su lado caen montones de cadáveres, todos los días pisa las orillas de su sepulcro, de un riesgo sale y se presenta en otro como si nada tuviese que esperar; las espantosas ideas de Dios, muerte, eternidad y pena, las desecha como aprensiones tétricas e importunas; cree un Dios justiciero, pero juzga que no le alcanzará su justicia; asiste a los templos, mira los santos, se santigua y dobla una rodilla al Sacramento por cumplir con el ceremonial de los fieles, pero sin sentir en su espíritu el más ligero movimiento de temor ni respeto a la religión, que tan descaradamente vulnera; últimamente, en el fondo de su corazón se explican estos impíos en el idioma que nos dice el Señor, y es éste: “Nuestra vida no es más que un fuego, nuestra existencia corta y sujeta a las molestias, sin que haya reposo ni felicidad más allá de su término; ningún muerto ha venido al mundo a traernos

pruebas de la inmortalidad. De la nada salimos, y a ella volveremos como si no hubiéramos sido; nuestro cuerpo se convertirá en ceniza, y nuestro espíritu se disipará en los aires; nuestra vida pasará como una nube, y se disolverá como el vapor con los rayos del sol; nuestro nombre se borrará de la memoria de los hombres, y éstos no se volverán a acordar de nuestras obras... Gocemos de cuantos placeres podamos, no se pase la flor de nuestra edad; entreguémonos a las delicias, y sea nuestra bebida el vino generoso; coronémonos de flores, antes que se marchiten; no haya prado por donde no se pasee nuestra lujuria; dejemos dondequiera las señales de nuestra alegría..., no guardemos los días de fiesta consagrados al Señor, oprimamos al pobre, no perdonemos a la viuda, ni respetemos los blancos cabellos de nuestros viejos; sea nuestra fuerza la regla de nuestra justicia; exterminese al justo, porque nos es inútil y opuesto a nuestras obras...".³⁹ De esta manera pensaron y erraron los impíos, porque los ha cegado su malicia, dice Dios.

DOROTEA.—¡Qué triste es la condición de estos infelices! Ay, Dios nos libre de proferir semejantes blasfemias.

CURA.—Así es, hija; deplorable es el estado de estos impíos; pero si aquí viven tan alegres y olvidados de las verdades eternas, algún día conocerán sus extravíos y confesarán que se apartaron del camino de la rectitud.

Mas ¿qué día será ése? El día grande, el de las venganzas, y cuando ya no habrá remedio para reparar el daño que voluntariamente se acarrearon.

Entretenidos aquellos señores con estas conversaciones, llegaron al pueblo de San Agustín de las Cuevas,⁴⁰ y pararon en una hermosa casa de campo propia del cura.

Luego que se apearon del coche, se entró éste con su sobrina Dorotea, dejando a Teófilo el cuidado de que descargasen las mulas y metiesen adentro los baúles y demás del equipaje.

Ya Dorotea había dicho a su tío cómo en ese pueblo había dejado a sus hijos, encomendados a una pobre señora que la acompañó, y, no pudiendo seguirla, se quedó con los niños en casa de unas parientas suyas. Esta noticia no había tenido lugar de darla a su marido; y el cura, aprovechando este accidente, le dijo que siguiera reservándose la porque quería que Teófilo recibiera de sorpresa el gusto de ver a sus hijos.

En efecto, luego que las cargas estuvieron adentro y las camas puestas, mandó el cura llevar café, chocolate y huevos, y después que hubieron almorzado, hizo que se acostara Teófilo, porque lo consideraba en necesidad de reponerse de las pasadas malas noches.

Él condescendió, y como era de esperar, se quedó profundamente dormido. Entretanto, mandó el cura a

Dorotea que fuese con una criada y llevara a sus hijos a su casa, juntamente con la buena señora que la había acompañado y se había encargado de cuidarlos en su ausencia.

Todo se verificó a voluntad del piadoso eclesiástico. Luego que vio a los niños, los abrazó, los besó tiernamente, y cuando conoció que ya era hora de comer, hizo poner la mesa y envió a Dorotea a que fuera a despertar a Teófilo con sus hijos.

Así lo hizo ésta; entró a la recámara donde dormía su esposo, y luego que los niños conocieron a su padre, corrieron a la cama, y subiéndose sobre él, entre abrazos y lágrimas lo despertaron.

Teófilo, que estaba muy distante de tener este gusto tan cercano, se levantó despavorido, y cuando se aseguró de que no soñaba, se deshacía en caricias con sus hijos, llenándolos de besos y mezclando lágrimas de placer con las de aquellos tiernos inocentes, que ya se colgaban de su cuello, o ya se abalanzaban a su madre.

El cura había sido testigo de esta escena detrás de una cortina, y queriendo participar más de cerca las delicias que inundaban el sensible corazón de Teófilo, entró adentro, y apenas éste lo vio, cuando tomando a los dos chiquillos de los brazos, corre hacia su benefactor, los hace arrodillar a sus pies, y derramando lágrimas de gratitud les dice:

TEÓFILO.—Ved aquí a vuestro padre, queridos hijos míos... Abrazadlo..., besad esa mano bienhechora que a todos nos ha sacado del sepulcro..., dadle con vuestras lenguas balbucientes las más sencillas y expresivas gracias por la multitud de beneficios que nos ha hecho. Éste es el hombre grande, el genio divino que os preparó la alta Providencia para que no quedaseis sumergidos en la más triste orfandad, y a mí y a vuestra madre...

CURA.—Basta, Teófilo, de ternuras y expresiones. Estos niños no los permitiré a mis pies, cuando tienen tanto derecho a mi corazón. Son mis sobrinos, y cuando no lo fueran, tienen la recomendación de sus trabajos, y ésta basta para que yo los ame tiernamente. Venid, hijitos, venid; abrazadme, sí, yo también soy vuestro padre y os quiero mucho. ¡Oh, y qué carneritos tan gordos y tan mansos os he de comprar en México para que os divirtáis en la Alameda!

—¿De veras, papá? —decían los niños.

—Sí, hijos, de veras; y por ahora vamos a comer.

Salieron a la sala o comedor, y Teófilo, conociendo a la buena amiga de su esposa, la saludó y le dio los debidos agradecimientos con el extremo que el caso requería.

Sentáronse todos a la mesa, y el cura en medio de los dos niños, a quienes se dedicó a cuidar con el mayor

chiqueo. La dulzura de sus palabras, la generosidad de sus acciones y el esmero con que agasajaba a los niños, hacían cada rato saltar las lágrimas a los ojos de Teófilo y su esposa.

Luego que acabaron de comer, dieron gracias a Dios, levantaron los manteles y se fueron todos a pasar la siesta a la huerta. Teófilo se sentó bajo un fresno y se entretuvo con un libro de los pocos que llevaba su tío en el coche; los niños comenzaron a retozar alegremente y la señora se fue con ellos a cuidarlos. Dorotea se quedó sola con el cura, cuya ocasión previno, y cuando le pareció mejor, le dijo:

—Señor, yo estoy absorta y no sé cómo darle a usted gracias, no tanto por los favores que tan pródigamente nos ha dispensado, cuanto por el modo y cariño con que nos los hace. Ciertamente que yo he visto muy mal practicada la caridad por muchos, que aun cuando dan algo por Dios, es tan malo, de tan mala gana, con tal modo y tales circunstancias y requisitos, que más parece que venden el favor, que no que socorren una necesidad.

”Esto es muy común en México, quizá no será así en todas partes; desde los que tienen menos, hasta muchos de los ricos que suelen hacer algunas caridades, tengo experimentado lo que le digo a usted”.

CURA.—¿Pues qué has visto?

DOROTEA.—¿Cómo qué? He visto que el pan duro, los frijoles acedos y lo que no quiere comer el perro, se lo dan en muchas partes a los pobres, y quedan muy satisfechos de que los han socorrido, cuando tal vez han sido causa de que los infelices se enfermen.

En otras partes tienen la santa devoción de enviar al hospital de San Lázaro la ropa y colchón del que murió de tisis, de gálico o de otra enfermedad maligna y contagiosa; y dicen que les envían aquella pestilencia a los miserables enfermos *de caridad*. ¡Desgraciados! Harto tienen que sufrir y padecer con sus malos humores; ¿aún es fuerza envenenarles más la sangre *por caridad*?

Semejantes limosnas me parecen perdidas ante Dios. ¿Cómo ha de apreciar este Señor que se les dé a sus pobres, que se dé a su Majestad misma, en la persona de aquéllos, lo que no sirve, lo que nos es gravoso y lo que no debe tener otro destino que el muladar o el fuego? ¿Qué dice usted, tío, me engaño?

CURA.—Seguramente que no, hija mía; el precepto de la caridad nos obliga a amar a Dios sobre todo y a los hombres como a nosotros mismos. Esto es de fe, no tiene duda ni admite interpretación.

Pues bien; ¿cómo probaremos que amamos a los pobres como a nosotros mismos, cuando pretendemos socorrerlos con lo que nos es inútil y aun perjudicial en

nuestras casas? Malditas son tales caridades, y hechas con advertencia, yo las tendría por unos descarados sacrilegios, pues es insultar a Dios dar a los pobres, a su nombre, lo que es preciso tirar por la ventana. Ésta no es limosna ni puede llamarse caridad, sino mezquindad, ruindad, hipocresía. Esto es querer engañar a Dios y comprar sus misericordias con basura.

Si no estamos obligados a dar a los pobres lo mejor, lo estamos a no darles lo peor, y mucho menos lo que puede serles perjudicial, siempre que lo hagamos con esta prevención.

Pero si el hacer limosnas de este modo no puede ser a Dios grato, ¿qué será no hacer ningunas pudiendo? Yo no te señalaré la gravedad de esta dureza, ni los castigos que se labran estos crueles. Ya habrás oído la historia del rico epulón...⁴¹

DOROTEA.—No, tío, no la he oído, y quisiera que usted me la dijese.

CURA.—Pues atiende. Contaba Jesucristo a sus discípulos que hubo cierto hombre rico, que vestía con mucho lujo y comía con igual profusión. Había en el mismo lugar un mendigo Lázaro, el cual, lleno de llagas, estaba a la puerta del rico pidiendo que le diese de las migajas que caían de su mesa; pero ninguno le daba nada; los perros solamente se acercaban a él y lamían sus llagas. Sucedió que murió este mendigo y

fue llevado al seno de Abraham; murió a poco el rico y fue sepultado en los infiernos; y levantando sus ojos en medio de los tormentos, vio de lejos a Abraham y a Lázaro, y comenzó a clamar a grandes gritos diciendo: “Padre Abraham, compadécete de mí y envíame a Lázaro para que moje en el agua la punta de su dedo y me destile una gota en mi lengua, porque soy cruelmente atormentado en esta llama”. “Hijo —dijo el patriarca—, acuérdate que en tu vida tuviste bienes y Lázaro padeció males; ahora éste es consolado y tú atormentado; y has de saber que en todas estas cosas hay establecida una confusión grande entre nosotros y vosotros, de suerte que aquellos que quieran pasar de nosotros a vosotros, no puedan, ni tampoco de vosotros a nosotros”. “Entonces —le dijo el rico—, ya que esto no puede ser, te ruego, oh, padre Abraham, que siquiera envíes a Lázaro allá a la casa de mi padre, donde tengo cinco hermanos, para que les diga a éstos, como testigo de vista, que no vengan a parar a este lugar de tormentos”. Abraham le respondió: “Tienen a Moisés y a los profetas; que oigan a éstos”. Mas él dijo: “No, padre Abraham; si alguno de los muertos fuera a ellos, harán penitencia”. Y entonces Abraham le respondió: “Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco creerán a ninguno de los muertos que resucitase y fuese allá”.

DOROTEA.—En verdad, tío, que es terrible este pasaje. Yo soy una pobre mujer ignorante y carezco de las luces necesarias para hacer sobre ella las reflexiones oportunas; pero no dejo de hacer una, y es, que el corazón de un rico cruel es tan obstinado para convertirse, que se burlaría de las mismas reprensiones de los muertos, si a éstos les fuera permitido salir a predicarles. No oyen a Jesucristo ni a sus ministros, tampoco creerían a los difuntos. ¡Válgame Dios, y cuánto debe de cegarlos la avaricia!

CURA.—Está bien hecha la reflexión; pero por eso debemos aficionarnos a la limosna, virtud opuesta al vicio de que acabas de hablar, acordándonos siempre de lo recomendada que es por el Señor. “Está dispuesto —nos dice—,⁴² a aliviar la miseria del pobre, porque el tener piedad de él, es prestar a Dios, el cual nos lo vuelve con usura”.⁴³

En otras partes dice: “Dichosos los misericordiosos, porque éstos alcanzarán misericordia”.⁴⁴ “La misericordia quiero y no el sacrificio”.⁴⁵ “Dichoso el que entiende sobre el menesteroso y el pobre, porque a éste, en el tremendo día del juicio, lo librará el Señor, el cual lo conservará y vivificará; lo hará feliz en la tierra, y no lo entregará a la venganza y furor de sus enemigos; postrado en su enfermedad en la cama del trabajo y del dolor, el Señor mismo recorrerá y tomará en sí el

cuidado de su casa; se compadecerá de él, le dará vida y bienes para hacer limosna; lo recibirá por su inocencia, y lo colocará en su presencia allá en el cielo para siempre”.⁴⁶

El anciano Tobías, estando próximo a la muerte, decía a su hijo: “De lo que tengas, da limosna, y no apartes tu rostro del pobre, porque Dios no aparte el suyo de ti. Todo lo que dieres lo atesoras para el día de la necesidad. Todos los caritativos y limosneros deben tener gran confianza en la misericordia del Señor; porque la limosna libra del pecado y de la muerte”.⁴⁷ Esto es, por medio de ella nos dará el Señor los auxilios necesarios para salir del pecado y libertarnos de la muerte eterna.

DOROTEA.—Ciertamente que son inapreciables los bienes que nos acarrea la piedad con los pobres. ¡Dichosos los ricos, que pueden hacer caridades como quieran, y feliz el dinero que se derrama en el seno de la miseria! Yo le aseguro a usted que jamás he deseado el oro ni la plata sino para socorrer a tanto miserable que, como Lázaro, apetece los desperdicios de las casas.

CURA.—Pues consuélate, hija, porque sólo ese deseo es apreciable a los ojos de Dios. “La voluntad de dar —dice san Pedro—, que es para su Majestad igual al mismo don, y el que la tenga, recibirá de Dios el premio”.⁴⁸

El mismo Tobías decía a su hijo: “Da mucho, si tienes mucho, y da poco si son tus proporciones escasas, pero sé tan misericordioso como puedas”.⁴⁹ Y así no es disculpa no tener riquezas para no ser caritativos; un pedazo de pan que dé un pobre a otro, será tan premiado, o más, que el peso que le dé un rico; porque Dios no atiende a la cantidad de la limosna, sino al espíritu con que se hace.

DOROTEA.—Yo me alegro de que sea usted tan piadoso en obras y palabras, porque así me atreveré a hacer a usted una súplica, en favor de una pobre familia.

CURA.—Di lo que quieras, porque ya sabes cuánto me complace hacer tal cual beneficio a los necesitados.

DOROTEA.—Pues el caso es, señor, que esa mujer que anda cuidando a mis hijos, es una señora decente, pobre, virtuosa, y tiene una niña sirviendo por no poder sostenerla a su lado, por su escasa fortuna, que lo es tanto, que aun para ella sola no le alcanza el trabajo de sus manos; de manera que algunos días tiene que mandar pedirme un bocadito al mediodía.

Esta pobre es de las recomendables, porque cuando su esposo vivía logró bastantes proporciones y ahora se halla reducida a la última miseria.

A más de esto, posee un corazón muy magnánimo y compasivo, de modo que no puede ver una desdicha sin compadecerla. Muchas veces la he visto llorar por las infelicidades ajenas, y días pasados empeñó una de

dos camisas que tenía, para darle para medicamentos a otra pobre enferma de la vecindad en que vive...

CURA.—No me digas más. Esa mujer es una heroína cristiana, y Dios no le faltará en sus desdichas porque se duele de las ajenas y las socorre como puede. Su corazón es muy piadoso.

DOROTEA.—Tanto lo es, que la noche de la desgracia de Teófilo me acogió en su cuartito o estrecha vivienda, me consoló lo mejor que pudo, y viendo cuán resuelta estaba yo a seguirlo acompañada de mis hijos, temió que nos sucediera algún fracaso, y sin que me bastaran diligencias ni ruegos, se decidió a ir en mi compañía hasta donde yo fuera, como en efecto me acompañó hasta este pueblo, donde no pudiendo ya andar mis hijos, se quedó a esperarme en la casa de otras pobres, donde la he hallado.

CURA.—Cada rato me confirmo más en que esa señora es excelente amiga y verdaderamente cristiana. Pero ¿de qué modo piensas tú pagarle esos favores?

DOROTEA.—A eso voy. Si yo le suplico a usted que me dé una cantidad de dinero para socorrerla, creo que no me la negará; pero esta cantidad no puede ser tanta que baste a sostenerla toda su vida, y yo no deseo nada menos sino que jamás vuelva a padecer los rigores de la miseria; que viva contenta y descansada los días que le resten, y que este gusto lo tenga en compañía de su amada hija.

CURA.—Yo apruebo tu modo de pensar. ¿Y cómo has discurrido para ponerlo en práctica?

DOROTEA.—Uniendo las dos a mi familia y partiendo con ellas el pan que Dios me diere; esto es, si usted me lo permite.

CURA.—Con mucho gusto, hija mía; mi hacienda es tuya y de tu esposo, y mi mayor complacencia será que cultives en tu corazón esa piedad, y que en cuanto puedas, enjugues las lágrimas al infeliz.

Ahora mismo avísale tu determinación, porque tenga ese gusto anticipado esa pobre y virtuosa señora; y jamás vuelvas a tomarme parecer para dar nada a los pobres. Sé franca con ellos, que Dios queda responsable a pagar. No temas que te falte lo preciso por ser caritativa ni piadosa, porque cuanto dieres a los pobres no lo pierdes, sino que lo depositas en la bolsa de Dios que es infinita. Conque anda, anda, avísale a tu pobre la mejoría de suerte que le espera, y mira si tienes otras iguales a quienes socorrer; pero ten cuidado de no deslustrar tus limosnas haciéndolas por vanidad, ni esperando la recompensa de los hombres. Ya otra vez te he dicho esto mismo. Dios manda que lo que dé la mano derecha no lo sepa la izquierda,⁵⁰ para enseñarnos a ser caritativos ocultamente, por virtud, no por vanidad, pues en este caso se pierde todo el mérito de la limosna.

Después de esta conversación, se separó Dorotea de su tío para ir a ver a sus niños y a la señora, y el cura fue a despertar a Teófilo, que se había quedado dormido con el libro en la mano.

Poco tiempo llevaban de conversación, cuando se las interrumpió un criado que entró a avisar que estaban de visita el señor cura del pueblo con otros señores y señoras. Con esto fue preciso llamar a Dorotea y subir a cumplimentarlos.

El eclesiástico protector de Teófilo y de Dorotea poseía muchas buenas prendas, como hemos visto, y aunque no las tuviera, no le podían faltar amigos dondequiera, porque tenía más de veinte mil pesos, cuya sola posesión bastaría a suplir cualesquiera otras circunstancias recomendables, y a conciliarle las mejores estimaciones de los amigos al uso.

Él era muy prudente y sabía distinguir los que estimaban su persona de los que adoraban su bolsillo; pero en lo exterior a todos trataba con política; y así, luego que subió a su sala, los recibió con bastante agrado, mandó llevar refresco y los obsequió del mejor modo que proporcionaba aquel lugar.

Como Dorotea era bonita, los niños graciosos, Teófilo instruido, y a más de esto advirtieron que eran parientes del cura y la mucha estimación que éste hacía de ellos, cada uno le tributó la suya; y después que el

tío refirió las aventuras que habían pasado, todos se condolieron o aparentaron condolerse de sus desgracias, especialmente de las que padeció Dorotea, a quien prodigaban rendimientos y ofertas. Bien conocían los buenos amigos que al lado del cura no necesitaba de sus bienes, y por eso se los ofrecían con tanto empeño.

No se le escondió este fingimiento a Dorotea, y así les dijo:

—Señores, yo doy a ustedes mil gracias por la buena voluntad que tienen de servirme, y se conoce que este pueblo abriga almas grandes capaces de socorrer a los desgraciados; pero yo lo fui tanto, que la noche que pasé por aquí sola y con estos tiernos niños, no hallé semejantes piadosos, si no fue una infeliz, en cuya casita me hospedé, y se llama la tía Mariana. Esta pobre vieja fue mi único consuelo y mi singular bienhechora.

No dejaron de correrse un poco los oferentes; pero la disculpa de que no la conocían ni lo supieron satisfizo a Dorotea por entonces.

Volvieron a bajar a la huerta, donde se divertieron hasta la noche, en la que los amigos del cura lo quisieron obsequiar con un baile, a pretexto de felicitar su buena ventura a sus sobrinos.

El buen eclesiástico admitió el favor por no faltar a la urbanidad, y se entretuvieron todos muy alegres hasta las once de la noche, hora en que el cura trató de

recogerse, y, a su ejemplo, hicieron lo mismo los concurrentes, despidiéndose con expresión y repitiendo sus ofertas.

Pero dejemos durmiendo esta buena familia, mientras damos razón de lo que pasó con la amiga de Dorotea y sus parientas. Al instante que se separó de ésta, fue a casa de la tía Mariana y, hecha una sonaja de alegría, le dijo:

—Hermana, dame albricias por la felicidad que me he encontrado.

—¿Pues cuál ha sido? —decía Mariana.

—Cuál ha de ser; ese cura es muy caritativo, y la niña Dorotea, su sobrina y mi amiga, es un ángel..., pobrecita... Dios le dé el cielo por lo piadosa que es. Ella le ha rogado por mí a su tío, y han quedado en que me vaya a vivir con ellos a su casa. ¿Qué te parece, niña, no es ésta una gran fortuna? Bendito sea Dios que ya no veré a mi hija sirviendo, sino que la tendré a mi lado hasta mi muerte, y después de ella me quedará el gusto de que a mi hija no le faltará nada mientras vivan los señores, pues así me lo ha prometido la niña Dorotea; ya verás si tengo razón de estar contenta.

—Sí la tienes —dijo la tía Mariana—; pero ¿a que no te acordaste de mí, ni moviste a mi favor la caridad de esa señorita? Ya ves las miserias que pasamos yo y tus sobrinas.

—Sí me acordé; mas ¿cómo querías que acabando de franquearme tan gran favor le pidiera otro nuevo? Es imprudencia cansar al bienhechor; pero no por eso te desconsueles. Dorotea es muy piadosa y yo tu amiga; de lo que tuviere, partiré contigo como hermana, y antes de que salgamos de este pueblo tú te alegrarás de haber tenido a los hijos de Teófilo en tu casa. Con esto se acostaron muy contentas, la una con la esperanza de su nueva suerte, y la otra fiada en que de ésta algo le había de tocar.

Al siguiente día, bien temprano envió Dorotea a llamar a doña Teresa, que así se llamaba su amiga, pues se acercaba la hora de que continuaran su camino para México.

Fue la señora en efecto, y Dorotea le preguntó por el estado de la tía Mariana.

—No tiene novedad —contestó aquella—; envía a usted mil expresiones y abrazos a los niños. Se ha alegrado mucho del bien que quiere hacernos a mí y a mi hija; yo le ofrecí que de cualesquiera ventajas que logre al lado de usted, participará ella, no sólo porque es mi deuda, sino porque me consta su virtud y sus miserias. Tiene dos niñas ya grandecitas y un hijo de diez años, que, lejos de esperararla en algún tiempo, siempre le aumentará sus desdichas, porque es ciego, y a más de eso, insensato.

DOROTEA.—¡Pobre familia!, ¿y con qué se mantiene?

—Ella y sus hijas cosen,⁵¹ lavan y trabajan en cuanto pueden; pero ¿qué vale el trabajo de la mujer? Muy poco o nada, y mucho menos para sostenerse con tal cual decencia en la que se criaron las pobres.

DOROTEA.—¡Cuántas familias de regular nacimiento y de una educación honrada perecen escondidas en unas habitaciones miserables, sin tener ni el infeliz recurso de manifestar sus indigencias!

—¡Ay, amiga! Estas familias son más de las que usted piensa. Su estado vergonzante es el colmo de su desgracia, porque la vergüenza les es una mordaza que les impide aun el ratero recurso de mendigar los socorros públicos. ¡Cuántas familias de éstas desfallecen de hambre al mediodía, al lado tal vez de otras familias caritativas que aliviarían su necesidad si la supieran!

DOROTEA.—Es verdad... Acaso sus parientas de usted serán una de ellas.

—Sí lo son. Como no siempre hay costuras ni quehacer padecen unas calmas dilatadas. En este tiempo se empeña el tunicito o la camisa que se había hecho a costa de mil millones de puntadas, a costa de enfermedades y vigiliass; se agotan en dos días estos mezuquinos arbitrios, y se quedan más imposibilitadas de buscar otros, porque se quedan casi desnudas, y entonces es cuando se experimentan las hambres en todo su rigor.

DOROTEA.—¡Válgame Dios!, ¡que no sea yo marquesa acaudalada para socorrer tantas desdichas! ¿Y qué edad tienen las sobrinas de usted?

—Una tiene catorce años y otra doce.

DOROTEA.—¿Y son bonitas?

—Sin embargo de que están estragadas por la mala vida que pasan, no tienen unos semblantes despreciables.

DOROTEA.—¡Angelitos!, ¡cuán expuestas se hallan en esa edad, con ese mérito y rodeadas de tan fatales circunstancias! Aun en este pueblo triste no faltarán seductores de su virtud... ¡Pobrecitas!, ya me interesan demasiado sus desgracias. Deseo conocer a esas muchachas infelices. ¿Qué, no podré verlas antes de irme?

—Difícilmente, amiga, porque por ahora están en la época fatal de desnudez. Ninguna de ellas tiene sino arameles y pingajos. Un túnico viejo y un rebozo igual se conservan, a pesar de las inclemencias del hambre, para ir a misa el día de fiesta una por una.

DOROTEA.—¡Qué desgracia!, ¿y qué no tienen otra ropa?

—Sí, pero empeñada.

DOROTEA.—¿Y en cuánto?

—No sé; mas no puede ser en mucho, porque las alhajas de los pobres valen siempre muy poco. Creo que con doce pesos se sacarían todos sus trapillos.

DOROTEA.—¿Doce pesos? ¡Jesús, qué friolera! Téngalos usted... y vaya en el instante a que las saquen. Hágalas usted vestir y que vengan a verme con su madre, sin dejar de traer al ciegucecito.

—Pues vuelvo...

Apenas la buena señora tomó el dinero, cuando partió corriendo a la casa de sus pobres deudas y lo puso en sus manos, dándoles la noticia del interés que por ellas tomaba Dorotea.

La buena vieja madre, loca de gusto, fue a la tienda al instante a sacar sus prendas. El tendero, como que la conocía, se sorprendió de verla tan adinerada, y creyendo maliciosamente que se había habilitado con malas artes, le dijo:

—Muy de vuelta está usted doña Mariana... Ya se ve, es fortuna tener hijas bonitas; se anochece sin blanca y se amanece con principal.

Mucho se enojó la tía Mariana advirtiendo la malicia del tendero; y así, temblándole la barba, le dijo:

—Despácheme usted pronto y vaya muy enhoramala. ¿Qué piensa usted que yo soy de las madres que cuentan con las caras de sus hijas para subsistir? No, señor; yo y mis niñas somos tan pobres como honradas, y aun más honradas que pobres, y esto lo sabe Dios y todo el pueblo. Estos doce pesos que usted ve, me los acaba de enviar de limosna esa niña, ese ángel que posó ayer

en la calle del Hospicio, con su marido y su tío el cura; y si usted no lo cree, vaya a preguntárselo a ella misma.

El tendero, que se vio tan avergonzado delante de los marchantes que estaban en la tienda, no tuvo otro arbitrio para excusar que la buena vieja siguiera su regaño, que echarlo a la chanza. E fugio ruin, pero harto usado de los necios y malvados, cuando se ven convenidos de su malicia o necedad.

—Ya está, tía Marianita —le decía—; no se incommode usted. Si yo lo he dicho por chanza; pero ya sabemos todos la virtud de usted y de sus niñas. Antes yo me alegro mucho de la fortuna que ha tenido de que la socorriera esa señora. ¿Qué, cierto es tan piadosa como usted dice?

—¡Jesús! —decía tía Mariana ya más fresca—; si esa niña no puede ser mujer, sino la misma caridad andando. Antenoche, en el pueblo donde durmió, hizo feliz una familia que la hospedó en su casa; ayer ha hecho feliz para siempre a una parienta mía y a su niña, y hoy me ha socorrido como usted ve. En fin, ella es un ángel, muy piadosa, y no puede ver una miseria sin sentirla y socorrerla.

—Será muy rica —decía el tendero.

—Y como que es.

—¡Oh!, pues entonces no es gracia que sea caritativa, porque tiene con qué hacer esas caridades.

—Calle usted, señor —proseguía la buena vieja—; mas que sea así, es gracia, y mucha gracia, que sea piadosa. ¡Cuántos ricos y ricas conozco yo que no hacen una caridad en su vida, y que cuando más y mucho, suelen dar un medio real tiñoso a un pobre, quizás por quitárselo de encima, o porque los vean, y entonces quedan muy anchos, creyendo que han hecho una gran cosa; y maldito lo que les aprovechan estas mezquinas limosnas; porque yo he oído decir a personas muy sabias que se debe hacer limosna a proporción del caudal; luego nada hace el que, teniendo cuarenta o cincuenta mil pesos, da el domingo medio o un real de limosna, y quizá en cuatro cuartillas, como yo los he visto; lo que es una vergüenza.

Aquí cesó la tía Mariana porque la despachó el tendero y se fue a su casa muy contenta.

Luego que entró hizo que se vistieran sus hijas, y fue con ellas, el cieguito y doña Teresa para la casa del cura, quien ya estaba informado por Dorotea de las visitas que esperaba.

Luego que entraron, las recibió ésta con el mayor cariño, como si de largo tiempo las hubiera conocido.

—¡Pobres criaturas! —decía—; ¡qué bonitas son! ¡Ay, qué lástima sería que fuesen su honor y su hermosura víctimas de la indigencia cruel! Vea usted, tío, al pobre muchachito ciego, simple, y por lo mismo inútil

y gravoso a su familia. Si él hubiera nacido bueno, tendrían estas pobres siquiera la esperanza de hallar en sus brazos algún día un apoyo para su orfandad; mas en este infeliz estado, no tienen otra que sostenerlo con su trabajo escaso y mal pagado. ¡Ay, tío!, ¿qué hiciéramos para mejorar la suerte de esta familia virtuosa y desgraciada?

CURA.—Hija, tú discúrrelo, aconséjate con ellas mismas y haz lo que te parezca conducente a su alivio; pero con prudencia; porque la caridad no consiste sólo en dar, sino en dar con orden. La prudencia debe graduar el orden de nuestras operaciones para que sean justas y arregladas.

Esto último se lo dijo el cura a su sobrina en voz baja, con mucho disimulo, y se fue a mandar poner el coche en compañía de Teófilo.

Dorotea, que era bastante avisada, advirtió cuanto le quiso decir su tío; y así, tratando de conciliar la seguridad de sus hijos con los benéficos sentimientos que abrigaba su corazón, dijo a la tía Mariana:

—¿Le gusta a usted este pueblo?

—Sí, señora.

—¿Y en él habrá algún arbitrio o giro bastante a proporcionarles a ustedes su subsistencia con más desahogo y menos tarea que la aguja?

—Sí, señora; pero se necesita dinero, o a lo menos un buen fiador.

—¿Y qué cosa?

—El mesón de aquí se arrienda actualmente en trescientos pesos al año, y según este arrendamiento y el tráfico que tiene, deja muy bien para mantenerse con decencia una familia corta como la mía.

—Pero eso será a quien lo entienda; pero usted poco o nada entenderá de administrar un mesón.

—Sí, señora, yo entiendo de eso mejor que de bordar porque mi difunto marido tuvo este mismo mesón muchos años, y yo corría con las cuentas de los huéspedes, cuidaba de los mozos, ajustaba la paja y la cebada, y llevaba todo el peso de la negociación, especialmente cuando mi marido estaba ausente. Todavía tengo los libros de las cuentas, y en ellas hay muchas hechas de mi mano.

—Y usted, doña Teresa, habrá visto esos libros y conocería a la señora doña Mariana en ese destino que dice, ¿no es verdad?

—En nada ha faltado a ella mi prima —dijo doña Teresa.

No fue menester más averiguación. En el momento mandó Dorotea que llevasen de almorzar a las visitas; y luego que las dejó almorzando, entró a ver a su tío; le contó cuanto sabía, ponderó la facilidad con que podían ser socorridas aquellas infelices y se empeñó con demasiada viveza para que se quedasen con el mesón en el día.

El cura, naturalmente inclinado a hacer bien, se agradó mucho de la intención de su sobrina, y sin perder instante, vio al dueño y se hicieron luego luego las diligencias precisas para el caso, de modo que en una hora, ya estaba todo corriente y era doña Mariana la arrendataria del mesón sin saberlo. ¡Qué no hace el dinero cuando se quiere gastar sin mezquindad!

Así que Dorotea tuvo en su mano la escritura, en la que sólo faltaba una firma de la interesada, pasó a verla y le dijo:

—Ustedes dispensen que las haya dejado solas; pero he tenido que hacer un negocio de bastante importancia. Vaya, tomen ustedes sus paños o tápalos y acompañennos a una visita que tenemos que hacer antes de irnos, mi esposo, mi tío, ustedes y yo.

—¿Nosotras, señorita?

—Sí, ustedes; vamos.

Sin saber adónde ni a qué, acompañó la tía Mariana a Dorotea, al cura y a Teófilo, seguida de sus hijos, hasta que llegaron al mesón, donde esperaba el dueño y el escribano.

Así que entraron, dijo Dorotea a la buena vieja:

—Vaya, reciba usted el mesón y sus aperos, y firme el documento. —Al decir esto, puso las escrituras en su mano.

Atónita se quedó la tía Mariana al oír estas pala-

bras, sin saber qué le pasaba, ni qué cosa se le quería decir.

Entonces el cura y el escribano le explicaron todo lo que había hecho Dorotea, y cuando entendieron el gran beneficio que les había hecho, corrieron todas a abrazarla y a darle las gracias con aquella ternura y expresiones vivas y elocuentes que saben arrancar los beneficios de los corazones agradecidos.

Quisiera Dorotea desprenderse de aquellas buenas gentes, avergonzada de esta escena; pero no podía, porque la tenían bien asida entre sus brazos. Una la llamaba su señora, otra su ángel, aquélla su madre, y todas su protectora liberal.

A un tiempo la elogiaban, la abrazaban y la bañaban con sus lágrimas, que se mezclaban con las de la sensible Dorotea, quien, confundida con este lance que no esperaba, sólo les decía:

—Ya está, amigas, ya está. A mi tío dadle las gracias; él lo ha hecho todo, yo no...

En fin, así que aquellas mujeres infelices desahogaron su gratitud en algún modo, se formalizó la entrega del mesón, y Dorotea se despidió de ellas sin consentir que la fueran a dejar al coche como querían.

En un pueblo corto cualquier novedad se hace pública en un instante; y así por lo que acababa de suceder, como por las alabanzas que la tía Mariana había hecho

de la caridad de Dorotea en la tienda, cuando menos ésta lo pensaba, y al salir del mesón, se encontró con una turba de cojos, ciegos, enfermos y mendigos miserables, que a voces solicitaban sus socorros, llamándola por su nombre, alegando que ellos no eran menos desgraciados, y añadiendo cuantas impertinencias les ponía en la boca su triste situación y el deseo de verse socorridos por la mano bienhechora de Dorotea, a quien casi no dejaban andar.

Ésta, toda turbada, apeló a su tío para que la sacara de aquel aprieto. Éste, que interiormente se complacía con la piedad y modestia de su sobrina, viéndola tan apurada, la tomó del brazo y le dio a Teófilo diez pesos para que los cambiase por dinero menudo y los dejase a la nueva arrendataria del mesón, para que los repartiese a aquellos pobres a proporción del conocimiento que tenía de sus miserias. Con esto se fueron todos los mendigos tras de Teófilo, y el cura con Dorotea y doña Teresa para su casa, en la que ya estaba todo prevenido para el viaje.

Mientras que Teófilo volvía, decía el cura a su sobrina:

—¿Ya ves, hija, qué rato acabas de tener tan agradable? Sólo cuando se hace un beneficio se experimentan los dulces transportes de la sensibilidad. Las lágrimas que se mezclan con las del infeliz agraciado son más lisonje-

ras a nuestros corazones que la risa que nos arrancan las alegrías fingidas y tal vez criminales de este mundo.

”El rico duro e insensible a los ayes de la humanidad afligida jamás goza estos momentos apacibles. Rodeado de su pagada turba de aduladores y paniaguados, distraído en amontonar caudales, y engastado entre la disipación y el deleite que le facilita su dinero, ni oye los clamores del indigente ni ve los afligidos semblantes de los pobres.

”Ocupando casas magníficas, vistiendo sedas y hollandas finas, y llenando su enfermo estómago con variedad de manjares delicados, no se acuerda de que millones de semejantes suyos andan desnudos, peregrinos y hambrientos.

”¿Pero qué más?, la presencia del infeliz andrajoso es para sus ojos el espectáculo más ingrato, y así se desdén hasta de verlo; ¿qué mucho no lo socorra, ni goce del placer inocente y sólido que proporciona la beneficencia?, ¿qué mucho que con su tirano proceder se haga el objeto de la indignación del Padre de las misericordias, que se las niegue a la hora de su muerte y se condene?

”“¡Ay de vosotros, ricos!”, dice Dios en su Evangelio, y este ¡ay! en boca de Dios ¡qué mal presagio es para éstos!

”Llenas están las páginas sagradas de promesas en favor de los caritativos, como de amenazas contra los

impíos y avaros: ‘No apartes —dice Dios— los ojos del pobre, no sea que se enfade; y no des motivo a los que te piden, para maldecirte a tus espaldas; porque el que te maldecirá en la amargura de su alma, será oído del que lo ha criado’.⁵² ‘Un poco de pan —dice en otra parte— es la vida de los pobres, el que los priva de él es un homicida’. En los Proverbios dice: ‘El que da al pobre, no tendrá necesidad de nada; pero el que lo desprecia cuando le ruega, caerá él mismo en la pobreza’.⁵³ Por último, el sabio dice: ‘Encierra la limosna en el seno del pobre, y ella rogará por ti a fin de que seas librado de todo mal, y será un arma más fuerte para combatir contra tu enemigo que el escudo y la lanza del hombre más valiente’.⁵⁴

”Todo esto y más dice el Espíritu de la verdad; la lástima es que los ricos duros de que hablo, o no lo saben, o no lo creen, y por eso hay tantos infelices y tan pocos limosneros; pero por eso también hay muchos ricos acompañando al avaro epulón.

”Todo esto te digo, no para tu envanecimiento, sino para que te acostumbres a hacer bien y guste tu corazón las dulzuras de la sensibilidad ejercitada en favor de tus infelices semejantes”.

A este tiempo llegó Teófilo, se entraron en el coche y continuaron su viaje para la capital, satisfechos todos de haber tenido *un día alegre y dignamente aprovechado*.

NOTICIA DEL TEXTO

La primera edición de esta novela se publicó en el primer semestre de 1818 por la oficina de don Mariano de Zúñiga y Ontiveros; antes de ser encuadrada la obra se hizo y vendió periódicamente en pliegos sueltos en los cajones (tiendecillas de madera) que había en la Plaza Mayor. La segunda edición forma parte del tomo II de la “miscelánea útil y curiosa” cuyo título general es el de *Ratos entretenidos* (México, reimpreso en la oficina de don Alejandro Valdés, 1819). *Las Noches tristes* traen su propia portada, y en ella se dice que la obra fue corregida y añadida por su autor; aparece aquí por primera vez el “Día alegre...”. En este tomo se incluyen también las *Noches lúgubres* de Cadalso. La tercera edición estuvo a cargo de José Uribe y Alcalde (México, 1831), con grabados de Luis Montes de Oca. Esta edición contiene, además: “Testamento, muerte y funeral del gato” y “Discurso sobre las funestas consecuencias de la ignorancia en el estado de la magistratura”. La cuarta edición se reimprimió en 1843 por Antonio Díaz, con dos grabados anónimos. Incluye del mismo autor, bajo

el nombre de fábulas, *Don Catrín de la Fachenda* y “Testamento, muerte y funeral del gato”.

En 1943 la Universidad Nacional Autónoma de México hace una publicación individual de la obra con introducción de Agustín Yáñez. A partir de 1959 y hasta 2006 se han hecho publicaciones de la obra junto con *Don Catrín de la Fachenda* en diversas editoriales como Porrúa, Oasis, Cátedra y Colofón. En las *Obras* de José Joaquín Fernández de Lizardi —cuya publicación por la UNAM dio inicio, bajo la coordinación de María Rosa Palazón Mayoral, en 1963 con el tomo I *Poesías y fábulas* y concluyó en 1997 con el tomo XIV—, *Noches tristes y día alegre* se integró junto con la parte final de *El Periquillo Sarniento* en el tomo IX de 1990 con presentación y notas de Felipe Reyes Palacios. Es de esta edición de donde procede la presente versión digital.

JOSÉ JOAQUÍN
FERNÁNDEZ DE LIZARDI
TRAZO BIOGRÁFICO

José Joaquín Eugenio Fernández de Lizardi Gutiérrez (1776-1827) nació en la Ciudad de México. Fue hijo de Manuel Fernández y de Bárbara Gutiérrez; su padre fue asignado como médico al Real Colegio de Tepotzotlán, población donde Fernández de Lizardi pasó su primera infancia.

En la capital, entre 1792 y 1793, estudió gramática latina. Se inscribió en el Colegio de San Ildefonso en octubre de 1793. Al año siguiente, compareció ante un comisario de la Inquisición para responder del cargo de supuestos tratos con el demonio, porque había copiado para un tercero una baraja “divinatoria”. Lo denunció su mismo padre. Salió absuelto.

Cursó retórica en la Universidad Nacional, de 1797 al 30 de abril de 1798. En San Ildefonso estudió filosofía —lógica, metafísica y física. Jamás se recibió de bachiller porque hubo de abandonar los estudios para trabajar. Fue escribano público durante diez años (hasta 1808).

En 1808 escribe su primer texto, la “Polaca” en honor de Fernando VII. El 15 de septiembre de 1810 era Teniente de Justicia Interino, o juez temporal, en Real de Taxco, sustituyendo al subdelegado europeo, que huyó temeroso de ser víctima de los insurrectos. Después de escribirle varias cartas el virrey Venegas, explicándole un plan para defender Taxco de una posible invasión de las tropas insurgentes (las cartas nunca llegaron a su destino), entregó las armas a las tropas de Hidalgo (en 1811). El realista Nicolás Cosío lo apresó, sus bienes fueron embargados y vino como prisionero a la capital. Apeló ante el virrey y fue puesto en libertad.

Desde 1811 publicó folletos y periódicos, entre ellos *El Pensador Mexicano*, nombre que después asumió como seudónimo. El 29 y 30 de noviembre hubo manifestaciones populares en favor de *El Juguetillo* de Carlos María Bustamante y de este periódico lizardiano, porque decía “la verdad pelada”. En diciembre de 1812 publica el número 9 de *El Pensador Mexicano*. Por sus reproches al virrey Venegas en este número, la libertad de imprenta fue suspendida y Lizardi encarcelado. Lo liberó el virrey Calleja en julio de 1813.

Contrajo matrimonio con María Dolores Orendáin, con quien tuvo una hija, María Dolores, que en el mes de agosto de 1820 tenía siete años. Él hablaba en plural de sus hijos porque fue tutor de Nicolás Rangel,

que se hizo general, y de Marcelo, hijo de un carpintero que tomó el apellido de Fernández de Lizardi. Al proclamarse de nuevo la constitución española, Lizardi emprendió la defensa de este código y de la rebelión de Cádiz; para socorrer a las víctimas de ésta abrió una suscripción, y otra para instalar una Sociedad Pública de Lectura.

En marzo de 1821 fue encarcelado por haber argumentado y defendido la idea de que España diera la independencia a Nueva España. En mayo, debido a invitación expresa de Agustín de Iturbide, se enroló en el Ejército Trigarante, donde dirigió, sin sueldo ni asignación, las prensas iturbidistas en Tepotzotlán. Anduvo al lado de las divisiones del ejército iturbidista desde julio. Posiblemente haya regresado a la Ciudad de México en septiembre con la entrada de este ejército a la capital.

En 1822 publicó su *Defensa de los francmasones*, y fue excomulgado. Se le infamó en carteles, y en un acto público se quemó este texto. Quedó como prisionero en su casa. Fue prohibida la circulación de su folleto *Si el gato saca las uñas, se le desprende el cascabel*, que se declaró falso, contrario a la doctrina e irrespetuoso a la autoridad de los papas.

En 1823 fue apresado bajo el cargo de difamación, en el Hospital de San Andrés, por haber dicho viejas a las González. Doña Josefa González, por entonces

considerada heroína de la Independencia, era su casera. En junio de nuevo fue encarcelado por un folleto en el que fingió un sueño sobre un congreso de ladrones, criticando la inseguridad que reinaba en la capital. A fines de este año y principios de 1824, presentó un recurso de fuerza por su *Defensa de los francmasones*. Fue perdonado.

En 1825 fue nombrado editor de la *Gaceta*, órgano oficial del gobierno que encabezó Guadalupe Victoria. Se le asignaron 65 pesos mensuales como capitán segundo retirado por los servicios que prestó a la Independencia.

Murió el 21 de junio de 1827. Fue sepultado al día siguiente en el cementerio de San Lázaro con los honores de ordenanza que se tributaban a un capitán retirado. A pesar de las diligencias que hizo Luis González Obregón, nunca se localizaron los restos de Lizardi, y esto porque el cementerio acabó siendo una pocilga.

María Rosa Palazón Mayoral

NOTAS

¹ Vale la pena recordar que el propio Fernández de Lizardi había sido sacado de su casa para ser arrestado en diciembre de 1812 (véase nota 9). Esto incluso nos permitiría hacer una lectura política de *Noches tristes*, pues derogada la Constitución de Cádiz, los novohispanos no contaban con garantías sobre su persona, y podían ser arrestados sin notificación alguna, como le sucede a Teófilo en esta obra.

² En el epígrafe mencionado Fernández de Lizardi enlaza los versos 1 y 4 de *Tristia*, poema escrito por Ovidio [43 a.C.-17 d.C.] en el año 8 de nuestra era; incluyendo los versos intermedios, el texto dice: *Cum subit illius tristissima noctis imago, / qua mihi supremum tempus in urbe fuit, / cum repeto noctem, qua tot mihi cara reliqui, / labitur ex oculis nunc quoque gutta meis*. [En traducción de José Quiñones: “Cuando me sube de aquella noche la imagen tristísima, / en que el tiempo postremo en la ciudad estuve; / cuando evoco la noche en que dejé tanta cosa a mí cara, / resbalan de mis ojos también ahora gotas”]. Véase *Las tristes*, José Quiñones Melgosa [traducción, introducción, versión rítmica y notas], México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974.

³ *Gaceta del Gobierno de México* (1810-1821). La publicación de la *Gaceta de México*, el periódico más notable y conocido de la época virreinal, había empezado el 14 de enero de 1784, viniendo a ser como el origen de los “periódicos oficiales”. Terminó a fines de 1809, pero le siguió inmediatamente la *Gaceta del Gobierno de México*, cuyo principal redactor fue Juan López Cancelada. Durante la guerra de Independencia, fue para el gobierno virreinal un arma poderosa contra los insurgentes y sus simpatizadores. Duró hasta el 29 de septiembre de 1821, tomando desde el siguiente número el nombre de *Gaceta Imperial*.

⁴ *Portal de Mercaderes*. El que se halla en el lado occidental de la Plaza Mayor, frente al Palacio Nacional.

⁵ Antiguamente había en la Plaza Mayor muchas tiendecillas de madera, llamadas cajones. Véase Francisco Javier Santamaría, *Diccionario de mejicanismos*, México, Porrúa, 1974.

⁶ El protagonista de Cadalso dirige a la cárcel la siguiente salutación: “Sepulcro de vivos, morada de horror, triste descanso en el camino del suplicio, depósito de malhechores, abre tus puertas: recibe a este infeliz” [Noche Segunda].

⁷ Alusión a la oda “A Aristio Fusco” de Horacio [65-8 a.C.], libro I, 22, de la que Fernández de Lizardi hace una paráfrasis en el cap. V, t. III de *El Periquillo Sarniento*.

⁸ He aquí un verbo de posible invención lizardiana, por sobrecoger, infundir pavor.

⁹ En estos párrafos Fernández de Lizardi evoca la experiencia de su primera noche de prisión, cuando fue encarcelado a

consecuencia de la publicación del número 9 de *El Pensador Mexicano*, en el que pedía la derogación del bando que daba injerencia a los comandantes militares en el enjuiciamiento de los clérigos insurgentes. En 1822 nuestro autor relata: “[Venegas] decretó mi prisión, a la que fui arrastrado a las tres de la mañana del 7 de diciembre de 1812, acompañado del receptor Roldán y otros pajarracos de su calaña que viven. Se me sorprendió con más de sesenta hombres. ¡Tanto era el temor que me tenían por mi opinión! A esa hora me condujeron a la cárcel de Corte al cuarto de prisiones, es decir, a un calabozo estrecho, en donde luego que comenzó a rayar la aurora y entró alguna luz por la pequeña ventanilla que tiene, me vi rodeado de los horrores de la muerte y de la infamia; porque no veía sino sacos de ajusticiados, cadenas, grillos, cordeles, mascadas, cubas y serones, pronósticos todos de mi última existencia.* A las cinco fue el carcelero Varrón haciendo un tremendo ruido con las llaves, que yo creí precursor de grillos y cadenas que me iban a poner. Sacome, y preguntándole adónde me llevaba, me dijo: *A la capilla*. Considérese cuál sería mi sorpresa. Llevome, en efecto, al *olvido*, un cuartito que hay en la capilla donde se depositan los ajusticiados. Por horas esperaba yo al sacerdote que me había de auxiliar, considerándome ya ahorcado, mirando el altar donde les dan el viático a estos infelices, la tarimita donde duermen, el confesonario donde se confiesan, la silla donde se sientan, etcétera”. La nota que corresponde a la llamada con asterisco dice: “A esto alude la primera de mis *Noches tristes*”. Cf. *Carta segunda del Pensador al Papista*, México, ¿Oficina de Betancourt?, 3 de mayo de 1822.

¹⁰ Acerca de las punitivas acostumbradas con los salteadores Valle-Arizpe precisa que “unos eran sentenciados a muerte en horca, a otros se les asaeteaba y a otros los echaban en prisión perpetua en donde por cualquier nonada los cargaban de azotes...”. Véase Artemio de Valle-Arizpe, *Historia de la Ciudad de México*, 4ª ed., México, Pedro Robredo, 1946, pp. 474-475.

¹¹ “Diles a éstos: Yo juro, dice el Señor Dios, que no quiero la muerte del impío, sino que se convierta de su mal proceder y viva. Convertíos, convertíos de vuestros perversos caminos; ¿y por qué habéis de morir, ¡oh vosotros los de la casa de Israel!?” [Ezequiel 33:11].

¹² Daniel 6.

¹³ Daniel 3:8-50.

¹⁴ Éxodo 14:15-31.

¹⁵ “El corazón duro lo pasará mal al fin de la vida; y quien ama el peligro perecerá en él” [Eclesiástico 3:26].

¹⁶ “Los cielos cuentan la gloria de Dios, / y el firmamento anuncia la obra de sus manos” [Salmos 19:2].

¹⁷ Proverbios 15:15.

¹⁸ A pesar de las comillas que usa aquí el autor, se trata de glosas más que de traducciones aproximativas de Romanos 5:3-5.

¹⁹ No hallamos semejante razonamiento en labios de Job a pesar de las comillas; es, en todo caso, uno de sus conten-

dientes quien comienza con palabras parecidas una proposición opuesta: “Dichoso el hombre a quien el mismo Dios *corrige*: no desprecies, pues, la corrección del Señor; porque él mismo hace la llaga y la sana; hiere y cura con sus manos” [Job 5:17-18].

²⁰ “Porque el Señor, al que ama, le castiga; y a cualquiera que recibe por hijo suyo, le azota y le prueba con adversidades” [Carta de San Pablo a los Hebreos 12:6].

²¹ Glosa de versículos del Sermón del Monte [Mateo 5:1-10].

²² Antigua moneda de oro de 16 pesos que fue muy común en todos los países de América. Véase Francisco Javier Santamaría, *Diccionario de mejicanismos*, México, Porrúa, 1974.

²³ Se refiere al pasaje en que san Pablo expone su concepción sobre el matrimonio cristiano, cuyo carácter sacramental declara en función de los místicos desposorios de Cristo con la Iglesia [Efesios 5:25-33].

²⁴ Ranchito: cortijo pequeño. [Nota del autor].

²⁵ Manga se llama en América una especie de gabán talar que usa la gente de campo. Los que pueden las usan galanas. [En el “Pequeño vocabulario...” que se incluye en la 4ª edición de *El Periquillo Sarniento*, México, Imprenta de V. G. Torres, 1842, está la siguiente acepción: “Manta grande, sin esquinas y redondeada en los dos extremos, con una abertura en el centro por donde se mete la cabeza. Se hacen de paño o de lana tejida en cordoncillo. Se forran de indiana, u otro género de algodón, y se adorna la abertura del medio con terciopelo de color oscuro y flecos de seda, o con ga-

lones y flecos de plata u oro, cuyo adorno llaman dragona”]. [Nota del autor].

²⁶ ¡Llor eterno a los ministros del santuario que llenan sus deberes en el grave y delicado encargo de curas de almas! [Nota del autor].

²⁷ Fernández de Lizardi se convierte aquí en vocero de la doctrina y las disposiciones oficiales acerca de la cesárea. En 1772 el arzobispo Alonso Núñez de Haro y Peralta expide un edicto en el que considera que el fin de esta operación es el de salvar la vida corporal del niño y primordialmente la vida espiritual, y su eterna felicidad, administrándole el santo sacramento del bautismo, y dispone que todos los curas y vicarios tengan en su casa un librito pequeño en el cual se explica el modo de hacer dicha operación para que los curas y vicarios la hagan por sí mismos cuando no haya persona secular que pueda hacerla. Para evitar esta necesidad encarga y manda que cada uno procure en su parroquia instruir a sus feligreses en una cosa tan fácil como la práctica de dicha operación cesárea. Considera éste el único medio para evitar que se sepulsen con las madres difuntas las criaturas vivas, y sean socorridas con el santo sacramento del bautismo y logren la vida eterna. Exhorta a todos los sacerdotes seculares y regulares a contribuir con sus particulares persuasiones a desterrar el horror con el que se mira dicha operación tan útil y necesaria para salvar la vida corporal y espiritual de los niños desgraciados que pierden sus madres antes de nacer. Cf. José Álvarez Amézquita *et al.*, *Historia de la salubridad y de la asistencia en México*, t. I, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1960, pp. 84-85.

²⁸ Salmos 116:15.

²⁹ “Mas el justo, aunque sea arrebatado de muerte prematura, estará en lugar de refrigerio” [Sabiduría 4:7].

³⁰ “El hombre nacido de mujer vive corto tiempo, y está atestado de miserias” [Job 14:1].

³¹ “Y díjole su mujer: ¿Todavía permaneces tú en tu estúpida simplicidad? Sí: bendice a Dios, y muérete” [Job 2:9].

³² 2 Macabeos 12:43-46.

³³ Vestido con ropa de buena calidad. Cf. *Periquillo Sarniento*, t. I, cap. II, dice el protagonista: “o ya porque era yo el más bien tratadito de ropa que había...”

³⁴ *Espíritus de cuerno de ciervo*. Antiguamente se usaban estos cuernos en raspaduras, para algunos cocimientos, y se obtenían, además, con ellos, por destilación seca, la sal volátil de cuerno de ciervo y el espíritu volátil de cuerno de ciervo... Cf. *Enciclopedia Universal Ilustrada*, Madrid, España-Calpe, 1926.

³⁵ Siempre me ha chocado ver muchas limosnas distribuidas entre viudas y doncellas, y muy pocas, muy raras o ningunas para socorro de hombres pobres ni mujeres casadas. ¿Qué se pensará que no hay hombres ni mujeres casadas infelices, que no tienen con qué mantener a sus hijos y que se hallan en peor disposición que muchas doncellas y viudas? ¡Ah, todos son acreedores a la pública piedad! [Nota del autor].

³⁶ Se trata del verso 32 de la citada pieza de Tibulo [54-19 a.C.]: “después de muchos días, uno sereno llega”.

³⁷ *Huminado*. Así también en las siguientes ediciones. No hemos hallado documentación sobre este término ¿de factura lizardiana? cuyo sentido, nos parece, es el de *esfumado*, *esfuminado* o *difuminado*: de tono y contornos rebajados.

³⁸ Al parecer se trata de una glosa de diversos pasajes de Isaías (Isaías 25:1; 42:5; 44:24; 45:12; 45:18).

³⁹ Glosa de Sabiduría 2:1-12.

⁴⁰ *San Agustín de las Cuevas*. Actualmente Tlalpan, cabecera de la delegación del mismo nombre, a 17 km del centro de la Ciudad de México, hacia el sur. En 1856 se le describe como “uno de los pueblos más hermosos de los inmediatos a la capital de la República, además de la buena calidad de sus tierras es abundante en aguas [...] Todo el centro de la población está ocupado por huertas en que se cultivan perones, perales de diversas clases, manzanos, chabacanos”, etc. Cf. “Apéndice”, *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, Manuel Orozco y Berra (coordinación), México, Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, 1856. // Durante el siglo pasado, y sólo por tres días al año (los de la Pascua del Espíritu Santo, en junio), esta población se convertía en algo así como la capital del juego: “media población de la Capital y de muchos pueblos á la redonda, se transportaba al lugar de las fiestas, que en aquella época podía tenerse por el Baden Baden ó el Monte Carlo de México”. Antonio García Cubas, “Las festividades”, *El libro de mis recuerdos. Narraciones históricas, anecdóticas y costumbres mexicanas anteriores al actual estado social, ilustradas con más de trescientos fotograbados*, México, Imprenta de Arturo García Cubas, Hermanos Sucesores, 1904, p. 350.

⁴¹ La mayor parte de los santos padres y expositores la llaman historia y no parábola; otros quieren que sea en parte historia y en parte parábola. Lo cierto es que hubo el tal rico avariento condenado y el tal Lázaro, que veneramos en los altares. [Cf. San Lucas 16:19-31. El Lázaro de la parábola evangélica se convirtió, al paso del tiempo, en patrono de los leprosos y atacados por enfermedades contagiosas; de modo que el nombre de la orden hospitalaria deriva también del mismo pasaje.]. [Nota del autor].

⁴² Eclesiástico 7. [Nota del autor].

⁴³ Proverbios 14. [El texto de las dos referencias anotadas por Lizardi para la misma sentencia es como sigue. Eclesiástico 7:36: “Y alarga tu mano al pobre, a fin de que sea perfecto el sacrificio de tu propiciación y tu bendición, u oblación”. La segunda referencia es errónea, se trata de Proverbios 19:17: “Quien se compadece del pobre, da prestado al Señor, y éste se lo pagará con sus ganancias”.] [Nota del autor].

⁴⁴ Proverbios 14. [En los Proverbios 14:21, leemos: “Peca quien a su prójimo menosprecia; pero el que del pobre se compadece, será bienaventurado...”. Aunque la frase se acerca más al texto del sermón de las bienaventuranzas. Cf. San Mateo 5:7]. [Nota del autor].

⁴⁵ Mateo 9. [Mateo 9:13]. [Nota del autor].

⁴⁶ Salmos 10 [La referencia es errónea; pero no hemos podido hallar el origen de la cita]. [Nota del autor].

⁴⁷ Tobit 4. [Glosa de los versículos Tobit 4:7-12]. [Nota del autor].

⁴⁸ 1 Pedro. [No se encuentra esta sentencia en las epístolas de san Pedro. Es san Pablo quien dice: “Porque cuando un hombre tiene gran voluntad de dar, Dios la acepta, no exigiendo de él sino lo que puede, y no lo que no puede” (2 Corintios 8:12)]. [Nota del autor].

⁴⁹ Job 4. [Referencia falsa. Se trata de Tobías 4:8-9]. [Nota del autor].

⁵⁰ Sermón del Monte (Mateo 6:1-4).

⁵¹ En estos parlamentos Fernández de Lizardi no pone el nombre de la interlocutora de Dorotea, únicamente señala sus intervenciones mediante el uso de la raya. Conservamos esa peculiaridad gráfica, pero pasamos las respuestas de Teresa a renglón aparte.

⁵² Eclesiástico 4. [Eclesiástico 4:5-6]. [Nota del autor].

⁵³ Proverbios 28. [Proverbios 28:27]. [Nota del autor].

⁵⁴ Eclesiástico 29. [Eclesiástico 29:11-13]. [Nota del autor].



Noches tristes y día alegre, se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 28 de noviembre de 2018. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de NORMA B. CANO YEBRA. La edición estuvo al cuidado de JOSÉ LUIS ALONSO CRUZ.